

R 34049



NUMANCIA

ESTUDIO DE SUS DEFENSAS

POR

DON MANUEL GONZALEZ SIMANCAS

TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA,

PROFESOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA É INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS

REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.*

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1914

S S F
Z. A. 26
W. Larran

B.P. de Soria



1078210

SS-F Z-1-26

K 34049

NUMANCIA

ESTUDIO DE SUS DEFENSAS

POR

DON MANUEL GONZALEZ SIMANCAS

TENIENTE CORONEL DE INFANTERÍA,

PROFESOR DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA É INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS

REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA Y DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.*

MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1914

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ELÍAS TOR-
MO Y MONZÓ DEDICA ESTE PRIMER ESTUDIO DE
ARQUEOLOGÍA MILITAR NUMANTINA SU AMIGO MUY
AFECTÍSIMO

MANUEL GONZÁLEZ SIMANCAS

MADRID, 25 DE JUNIO DE 1914.



NUMANCIA

ESTUDIO DE SUS DEFENSAS

A propuesta de la Junta central de excavaciones, tuve el honor de ser nombrado para intervenir en la meritoria y honrosísima tarea científica confiada por el Estado á la docta Comisión ejecutiva encargada de las de Numancia. De la reconocida competencia de ese conjunto de personalidades eminentes espera nuestra historia la resolución del arduo problema arqueológico hace años planteado, siendo sus nombres prestigiosos firme garantía del mayor acierto en el estudio de las memorias gloriosas y artísticas que el suelo numantino nos devuelve, y de la dirección atinada de las exploraciones emprendidas. Así lo acredita cumplidamente la preciosa *Memoria* publicada en 1912 ¹, haciéndome comprender su indiscutible mérito cuánta y cuán grande es la responsabilidad que contraigo al colaborar en obra de tal magnitud é importancia, siquiera mi modesta acción quede reducida á la parte del trabajo únicamente relacionada con la defensa de la heroica ciudad, destruída por Escipión en 133 antes de Jesucristo.

La importancia del estudio de esa cuestión histórico-militar que aún está por resolver, y el ineludible compromiso adquirido de contribuir á su esclarecimiento, aconsejan de consuno proceder desde luego al examen detenido del estado actual de la proposición en cuanto se refiere á las forti-

¹ *Excavaciones de Numancia*. Memoria presentada al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes por la Comisión ejecutiva, publicada de Real orden; Madrid, MCMXII.

ficaciones. De ahí la necesidad imperiosa para mí de realizar, ante todo, una investigación de cuanto se conoce y puede deducirse de los textos y descubrimientos realizados en los campos numantinos, haciéndola con carácter puramente particular y sin otro fin que el acopio de materiales indispensables para otro futuro trabajo más intenso.

La naturaleza de algunas de las obras que los trabajos de exploración pusieron de manifiesto en la meseta del cerro de Garray ó de la Muela (Plano ¹), desde 1905 á 1912, y el de otra que hallé en la vertiente occidental del mismo en los últimos días de Agosto del año siguiente, aún no del todo conocida, permiten adelantar pocos pasos para llegar al término de cuestión tan importante; mas á pesar de no ser mucho lo explorado en el campo de esa investigación arqueológico-militar, con ello y con los datos que he podido adquirir sobre el terreno y en las narraciones históricas de autoridad notoria, formaré un compendio ó resumen de testimonios concordes y elocuentes, de los cuales se puedan luego deducir conclusiones, siquiera sean provisionales, conformes con lo que proclaman la topografía de aquellos parajes y la fortificación y poliorcética de los tiempos antiguos, únicos fundamentos de información aceptable para llegar á establecer oportunos juicios y verosímiles conjeturas.

Antes de avanzar por ese camino, el más firme y el que por hoy ofrece mayores garantías de acierto, aun cuando esté sujeto á rectificaciones futuras, se impone seguir un método razonado, escalonando ciertos puntos discutibles y haciendo su crítica de manera ordenada hasta encontrar soluciones aceptables. Entre las cuestiones que en primer término se deben aclarar, por presentarse hartó confusas, es una de interés muy principal la referente á si existieron ó no fortificaciones en Numancia.

Con recto criterio, aunque con la parquedad que la índole de su trabajo requería, trató dicho tema interesante el sabio polígrafo D. Eduardo Saavedra, mi inolvidable y querido maestro, á quien se debe la determinación precisa del lugar ocupado por las ruinas de la famosa ciudad y las primeras noticias comprobadas de una obra celtibérica de carácter defensivo en las cercanías de Garrejo ². Más tarde, el profesor alemán don Adolfo Schulten estudió con extensión y perfecto conocimiento de la fortificación antigua, lo descubierto por aquél y lo que revelaba la topografía

¹ El plano general del cerro de Garray va en lámina suelta.

² *Memorias de la Real Acad. de la Hist.*, t. ix. *Descripción de la vía romana, entre Usama y Augustóbriga*, pág. 35.

del campo numantino, formulando, con estos datos y quizá teniendo en cuenta el plano publicado por Loperráez en su *Historia del Obispado de Osma* (fig. 1), la hipótesis de que la ciudad debió tener tres cintos defensivos, quedando el núcleo principal de la población en la meseta del cerro y la rural y guerrera en recintos situados en las vertientes ¹. Por último, la referida *Memoria* publicada por nuestra Comisión, resume sin comentario las distintas opiniones de los historiadores Frontino, Floro, Apiano y Orosio; copia del texto del Sr. Saavedra la descripción de la obra antes mencionada, para considerar el muro en que consistía sólo como «probable indicio de mu-

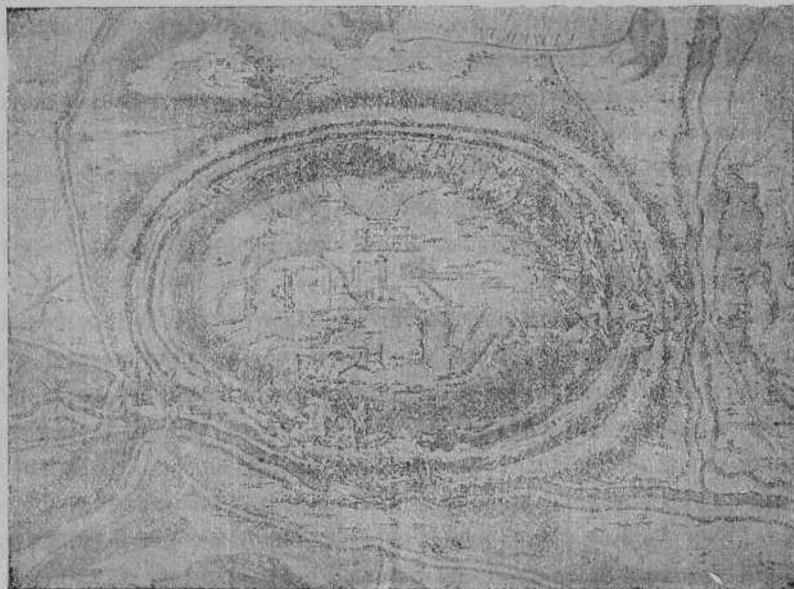


Fig. 1.

rallas ²; da noticia breve y en términos dubitativos de las construcciones de fortificación halladas en 1905 por el citado profesor de Gotinga (ahora de la Universidad de Erlangen) ³, y acaba esta parte del meritorio y científico trabajo expresando la incertidumbre de su opinión con estas palabras, impresas al final del capítulo segundo: «Todos estos restos [los que el señor Schulten califica como de muralla] son evidentemente de obra antero-

¹ *Numantia. Eine topographische-historische Untersuchung von Adolf Schulten*, Berlín, 1905.

² *Mem. cit.* de la Comis. ejec., pág. 19.

³ *Idem id.*, págs. 19-20.

mana. Pero—añade—¿son efectivamente fundamentos de las murallas de Numancia, ó corresponden á una escarpa sobre la que se alzaron las murallas?»

Procuraré responder en otro lugar á esta pregunta concreta, expresiva del estado presente de una parte del problema total que me interesa; pero antes de ocuparme en punto tan esencialísimo, considero preciso acabar de una vez y para siempre, si me es posible, y con argumentos sólidos, irrefutables, la opinión que aún se viene sustentando por algunos de no haber existido obras defensivas en Numancia. Aunque parezca extraño que este tema tenga que ser todavía discutido, á pesar de cuanto en sentido contrario escribieron los autores precitados, la cuestión hay que resolverla marchando de frente á ella, pues yo oí decir á persona de sólida reputación por su cultura y bien demostrado talento profesional, que si la ciudad hubiera tenido muralla, los materiales procedentes de ella, esto es, la enorme cantidad de piedras que la formaban, aparecería junto al lugar donde se levantaron, como ocurre en otros muchos parajes despoblados, en los cuales se conservan las ruinas de ciudades muradas, anteriores y posteriores á la dominación romana.

Opinión de tan respetable procedencia exigía no quedar incontestada. Yo he de procurar hacerlo, empleando la mayor atención merecida para impugnar aquel concepto en apariencia bien fundado, pues ciertamente procede de haber visto quien lo expresó que en lo descubierto de las ruinas numantinas no se encuentran otras piedras que las colocadas en las cimentaciones de las derruídas viviendas, en el empedrado de las calles, en sus aceras, y en las obras cuya labra ofreció dudas hasta hoy de si corresponden ó no á las de carácter defensivo. Fuera de éstas, únicamente se ven algunos guijarros de gran tamaño en las vertientes del cerro, casi todos procedentes, en mi opinión, de las obras destruídas en el borde de la meseta.

Si se examinan con detenimiento las edificaciones de la población de Garray, las de otros pueblos cercanos y los vallados que sus vecinos levantaron en las lindes de los caminos y en sus campos de cultivo, se hallará como elemento principal de todas esas fábricas los mismos cantos rodados de roca arenisca, enteros ó cortados en pedazos, que emplearon los celtíberos numantinos para la construcción de su arrasada ciudad. El cerro de la Muela, ó mejor dicho las sepultadas ruinas cubiertas por el suelo arable de su meseta, fueron, pues, y han seguido siendo hasta nuestros días, cantera



inagotable, de donde sacaron los habitantes de aquel término los expresados guijarros, sin más trabajo que el del arrastre hasta sus propiedades ¹. Y por si esta considerable extracción de los citados materiales, inconfundibles por su calidad con otros de distinta procedencia, no fuera bastante para explicar la desaparición de los que pudieron formar parte principal de las murallas, por robustas y extensas que éstas fueran, aún se encuentra una razón de más fuerza persuasiva para sostener el mismo razonamiento al observar en toda la extensión de las ruinas descubiertas, cómo aparecen los cimientos de las casas anterromanas con los muros labrados, en general, de tierra ó ladrillo sobre débiles bases de mampostería trabada con mortero de barro, mientras que en las levantadas al reconstruir la población, acusando mayor empleo de la piedra, aquéllos se ven totalmente formados con aparejo de morrillos desiguales, algunos de extraordinario tamaño, impropio en construcciones de tal naturaleza y mejor acomodados á las condiciones exigidas en las masas defensivas dispuestas para resistir los golpes destructores del ariete. La Numancia celtibérica fué una ciudad en la que predominaba el ladrillo como material de construcción ², mientras que, por el contrario, en la ciudad reconstruída, en la romanizada, la piedra sustituyó al ladrillo, y los repobladores, seguramente, no tuvieron que ir muy lejos para buscarla, tomándola sin gran trabajo de los restos de la muralla derruída.

Pero si á pesar de lo expuesto quedara aún alguna duda respecto al incierto fundamento de la opinión discutida, todavía se pueden ampliar las razones precedentes, alegando, como dije, otras consideraciones histórico-militares que acaben por anularla. Así, pues, y dejando para última prueba otros instrumentos de indubitable garantía por la veracidad confirmada de sus textos, en el libro de Lucio Anneo Floro, único autor antiguo que niega en términos precisos la existencia de torres y murallas en Numancia ³, habré de buscar primeramente elementos suficientes, dentro de la más severa crítica, para refutar las propias manifestaciones del historiador en ciertos casos confusas y en más de una ocasión absolutamente falsas.

¹ *Mem. cit. de la Comis. ejec. pág. 19, nota.* "Buena parte de esta fábrica [descubierta por el Sr. Schulten], por estar en terreno todavía no adquirido por el Estado, fué torpemente destruída por un vecino de Garray, codicioso de la piedra que la formaba, en 1907, lo que, por tratarse de un monumento nacional, fué objeto de la acción judicial."

² *Mem. de la Comis. ejec. Casas ibéricas, pág. 12-14.*

³ *Epítome rerum romanorum. Bellum Numantium, II, XVIII.*

Escribió Floro su *Epítome* en el siglo II de nuestra era, en tiempos, por lo tanto, muy distantes de los sucesos acaecidos en la guerra numantina, y aun cuando se sabe que compiló la historia del pueblo romano escrita por Tito Livio¹, su obra, sin embargo, deja adivinar interpretaciones y juicios probablemente personales, quizá basados en noticias tomadas en otras fuentes menos puras, ó bien encaminados á enaltecer la bravura de los arevacos para elevar el triunfo alcanzado por Escipión. En la parte del libro segundo destinado al relato de la campaña, registra el hecho, por otros autores también comprobado, de haberse acogido los *segidenses* al amparo de sus deudos y aliados de la ciudad de Numancia, acuerdo en el cual puede verse sin violencia el propósito de buscar amparo los débiles en los que eran más fuertes por todos conceptos. Más si este dato por sí sólo induce á sospechar que el asilo demandado ofrecía garantías de defensa, otros se pueden aducir de transparencia diáfana, en los cuales se hallan indicios vehementes para dilucidar la cuestión, pues si la capital arevaca hubiera sido efectivamente abierta, como afirma aquel autor, no es verosímil que caudillo tan experimentado, cual lo era el vencedor de Aníbal y debelador de Cartago, cometiera la imprudente torpeza de abrir fosos y levantar vallados para resguardo de sus tropas, muy superiores en número á las sitiadas, exponiendo las suyas, con tal medida, á la desmoralización y al acobardamiento, después de haber logrado con severo rigor restablecer la disciplina en sus legiones, envilecidas por los desastres anteriormente sufridos. Las obras mandadas construir por Escipión para circunvalar á Numancia, probablemente cuando llegó á estrechar por completo la población, fueron sin duda levantadas para acabar el prolongado cerco, y en ellas debe verse, por la naturaleza semipermanente de las construcciones (que luego explicaré) y por la ocasión en que fueron labradas, la prueba evidente de haberlas establecido aquel experto general para oponerlas á las fuertísimas de la plaza sitiada, demostrando con esto al tenaz y fiero enemigo el decidido propósito de rendirlo á la última extremidad sin empeñar sus tropas en el asalto de posiciones y reparos, cuya posesión de otro modo consideraba difícil y cruenta en demasía. Admitir, ó suponer siquiera, que Escipión estableció atrincheramientos para defender sus numerosas y aguerridas tropas del ataque de otras desprovistas de robustos elementos defensivos, sería la acusación más grave de inepti-

1 FLÓREZ, *Clave historial*, pág. 61.—HÜBNER, *La arqueología de España*, pág. 47.

tud, el mayor y más injusto reproche que pudiera hacerse al hábil guerrero, considerado por la crítica militar como maestro del invicto conquistador de las Galias y el más estratega de los generales antiguos.

Demostrado así el error ó la mentira de Floro, que no significa un caso singular en los textos latinos ¹, otros testimonios más expresivos y acreditados brindan luz suficiente para descubrir en parte cuál fué la disposición y dónde estuvieron situadas algunas de las fortificaciones numantinas. Recogiendo cuidadosamente cuanto dicen sobre este particular los autores antiguos y modernos, y examinando y comentando sus noticias, será posible reunir buen número de datos, hoy dispersos, para establecer conclusiones, ó por lo menos supuestos razonados capaces de aclarar las nieblas que obscurecen el campo de esta precisa investigación.

Al emprenderla con los indicados elementos, le corresponde la preferencia, por orden cronológico, al texto técnico del historiador Sexto Julio Frontino. Este general é ingeniero de Domiciano (del 40 al 130 de J. C.) ², tomó de Salustio y de Livio gran parte de los ejemplos de estrategia que avaloran su *Strategematicon libri quatuor*, y habiéndolos escogido seguramente entre las relaciones más veraces de aquellos escritores (el primero militar también), su obra resulta por tales motivos de autoridad indiscutible. En ella dice que los numantinos se mantuvieron tan encerrados en sus fortificaciones durante el ataque de los romanos, mandados por Popilio Lennas, que éste «creyó poder escalar la población; pero [que] sospechando después alguna asechanza, porque ni aun entonces le oponían resistencia, mandó retirar á los suyos, y saliendo á la sazón los sitiados, acometieron á los que se volvían y á los que estaban bajando» ³. De este relato se deducen las siguientes consecuencias: 1.^a, la muralla no podía ser inexpugnable ni quizá muy alta, puesto que Lennas creyó fácil empresa

¹ (J. COSTA, *Estudios ibéricos*, I, LV-LVI.) "Así explicaron algunos historiadores los partes hiperbólicos de los generales romanos, que abusando lastimosamente del lenguaje, engañaban al pueblo y al Senado contando por centenares las ciudades que habían expugnado. Á creer á Polybio, sólo en la Celtiberia se habían rendido á Tiberio Graco 500 ciudades [Estrabón, III, 4, 13]; Pompeyo el Grande levantó un monumento en el Pirineo haciendo constar en él que había sojuzgado más de 800 poblaciones desde los Alpes al Estrecho [Plinio, III, 4]. Posidonio se mofa de estas exageraciones, diciendo que sin duda Polybio, por hacer favor á Graco, inscribió las simples torres en clase de ciudades, imitando lo que se hacía en las solemnidades triunfales, donde se llevaban torrecillas de madera para representar las poblaciones debeladas [Apud. Estrabón, III, 4, 13.—Tito Libio, XLI, 4, suppl. de Doujat.]. Con igual sentido de crítica opinaba Estrabón que aquellos que dijeron que en España había más de 1.000 ciudades se habían equivocado, contando las aldeas grandes por ciudades."

² HÜBNER, *La arqueol. de Esp.*, pág. 46.

³ *Strategematicon*, III, VII, IX.

el asaltarla; 2.^a, las puertas de la ciudad debían ser varias, toda vez que los sitiados salieron oportunamente para acometer al mismo tiempo por dos partes, unos «á los que se volvían», y otros á los que bajaban; y 3.^a, el muro mencionado debía ceñir la población en la parte alta ó media del cerro, pues sólo así se explica la circunstancia del ataque á los que bajaban.

Apiano de Alejandría fué considerado por D. Emilio Hübner como historiador de escaso mérito ¹. Sin embargo, si á pesar de este concepto desfavorable, apreciamos debidamente los elogios que tributa el Sr. Schulten al autor de las *Guerras ibéricas*, después de haber tenido ocasión de comprobar la exactitud de sus relatos, preciso será aceptar la segunda opinión, por lo menos en cuanto se refiere al estudio de la guerra de Numancia. Conviene, además, tener presente en este caso, para apreciar en su justo valor las narraciones de aquel autor latino, el dato cierto de haber escrito su precioso libro en presencia de las obras de Polibio, y el probable de que conociera y utilizara igualmente la de Rutilio Rufo, de quien dice fué «tribuno entonces [á las órdenes de Escipión] y escritor de estos hechos ²»: la descripción de ellos, hecha por Apiano, parece en ocasiones ser de tal modo fiel reflejo de la verdad histórica, que sólo admitiendo esos orígenes de información se pueden explicar ciertas noticias minuciosamente referidas que en ella encontramos, y detalles tan realistas como los referentes á los últimos sucesos, cuando la ciudad llegó al extremo de su situación más desesperada.

Es dicho autor, por todas las expresadas circunstancias, el que ofrece mayores garantías de veracidad, aunque quizá peque de parcial en determinados casos, y el texto resulte en muchos puntos difícil de interpretar y con noticias de medidas mal calculadas. No obstante, en distintos pasajes nos habla con claridad de algunos de los medios defensivos con que contaba la «ciudad más poderosa» de la región de los arevacos, y así llega á decir que ante los muros de Numancia se vió detenido y luego derrotado el ejército del cónsul Fulvio Nobilior en los comienzos de la guerra; que la ciudad, bañada por dos ríos, estaba «cortada con barrancos», teniendo sólo una salida al llano «y ésta interrumpida con fosos y estacas»; que Quinto Pompeyo Aulo trasladó su campo contra Termancia, por

¹ *La arqueol.*, etc, pág. 52.

² *Libro de las guerras ibéricas*, trad. de Rui Bamba, corregida por Saavedra en su cit. *Mem.*, pág. 94, n. 88. A. R. 620. Todas las demás citas de Apiano están tomadas de esta traducción.



considerar su conquista empresa más fácil que la numantina, á pesar de ser muy fuerte la posición de aquella ciudad y contar con fortificaciones excelentes; que el río Dorio «corría al pie de las fortificaciones», acreando por estó grandes ventajas á los numantinos, y, por último, que Escipión, por su triunfo en la Celtiberia, había logrado rendir «las dos ciudades más inexpugnables», Cartago y Numancia. De aquí resulta que nuestra ciudad, la más poderosa é inexpugnable de la región, contaba para su defensa con robustos muros, fosos y estacadas en la única salida que tenía al llano y con otras fortificaciones junto al Duero, cuya disposición no es posible determinar con los datos precedentes.

Otro de los autores que memora las fortificaciones numantinas es el presbítero bracarense Paulo Orosio, natural de Tarragona y discípulo de San Agustín, el cual escribió sus *Adversus paganos historiarum libri septem* hacia el año 417 de nuestra Era ¹. Es de suponer que utilizara los textos antiguos de autoridad más reconocida en su tiempo; pero desconfiando probablemente de alguno de los consultados, su prudencia resulta manifiesta, hablando casi siempre de los sucesos y de las cosas en sentido hipotético. Su narración, á pesar de lo manifestado, es en extremo interesante, por comunicarnos tal vez noticias incluídas en obras que no han llegado hasta nosotros, y porque, si atendemos á su lenguaje discreto cuando menciona á Numancia, se observa que siempre lo hace como si en sus días ya no existiera ciudad alguna en el lugar donde estuvo la arrasada por Escipión y después reconstruída bajo el dominio romano. Al describirla lo hace en estos términos: «Alzábase Numancia en un altozano junto al río Duero, y estaba comprendida en un muro de 3.000 pasos de perímetro, aunque aseguran algunos que ocupaba reducido espacio y carecía de muralla. Es de creer, según esto, que teniendo un pequeño alcázar naturalmente fuerte, cercarían aquella extensión para apacentar y guardar los ganados, y aun dedicarse con sosiego á la labor del campo cuando les apurase la guerra» ². Más adelante expresa, cuando habla ya de la guerra, que los sitiados hicieron una salida ofensiva por dos puertas de la ciudad, y termina el relato diciendo que resueltos los defensores «á morir desesperadamente, incendiaron por dentro la ciudad cercada, y todo pereció de una vez con el hierro, el veneno y el fuego.» En resumen, Orosio nos indica las dimensiones del muro en que estaba comprendida la ciudad;

¹ *La arqueol.*, etc., págs. 43 y 49.—FLÓREZ, *Clave hist.*, pág. 95.

² *Adversus paganos*, V, VII.

cita como Frontino sus puertas; supone que existiendo en ella un fuerte alcázar ó fortaleza (*arx*), la gran extensión exterior cercada pudo tener un destino semejante al del albacar de las villas muradas y castillos medioevales ¹; y, por fin, puntualiza que los numantinos incendiaron *por dentro la ciudad cercada*, pareciendo expresar con estas palabras que sólo esa parte de la población circuida de muro, y no los barrios exteriores y la parte destinada para la guarda del ganado, fué la destruída por el fuego.

Sepultadas la ruinas de Numancia, después de su segunda destrucción en fecha hasta hoy desconocida, é incierto el lugar que ocupó, desde que en la décima centuria se pretendió fijarlo en Zamora, sólo algunos cronistas modernos se ocuparon de ellas á partir del siglo xvi, dejándonos descripciones más ó menos detalladas de los restos existentes en la cima y las laderas del altozano, en parte limitado por el Duero y el Merdancho. El primero de los aludidos escritores fué Ambrosio de Morales ², quien reduce su labor informativa á discutir con acierto la verdadera situación de la ciudad arevaca, analizando el texto de Orosio y acogiendo la opinión del doctor cordobés Juan Ginés de Sepúlveda, en todo de acuerdo con los datos conocidos de los historiadores antiguos y con los restos y vestigios hallados cerca del puente de Garray. Al investigador de la antigüedades de España y cronista de Felipe II, siguió Fr. Francisco Méndez, manifestando en sus *Noticias de la vida y escritos del P. Flórez* ³, que vió en el centro de la meseta del cerro de la Muela, ó *Castro de Garray*, una elevación suave y alrededor una línea como de circunvalación, y otra más abajo, ambas dispuestas á modo de lindes; y, por último, D. Juan Loperráez, al estudiar la posición de Numancia en su *Historia del obispado de Osmá*, se extiende en la descripción de la topografía y de los restos de obra antigua existentes en su tiempo, haciéndolo en forma tal que conviene trasladar aquí cuanto escribió ⁴. «Además —dice— de impedir el río Duero la subida al sitio», «está [éste] por toda aquella parte bastante áspero y quebrado por los muchos riscos que tiene (fig. 1), siendo su elevación hasta la cima ó llano del cerro de quatrocientas y cincuenta varas castellanas ⁵, des-

¹ G. SIMANCAS; *Plazas de guerra y castillos medioevales de la frontera de Portugal*, explica la voz *albacar*, págs. 55 y 106.

² *Las antigüedades de las ciudades de España*, ed. de Juan Iñiguez de Lequerica, MDLXXV, fols. 104 vto. y 105.

³ Ob. cit., § 349, pág. 178.

⁴ *Descripción histórica del obispado de Osmá*, II, 54 y 55, pág. 284.

⁵ Esta distancia se refiere indudablemente á la que se tiene que recorrer desde el pueblo hasta subir á la meseta del cerro.

cubriéndose como á las cinco de elevación desde el río tres vallados de piedra, que guardando la figura de murallas, y las distancias de foso y contrafoso, conservan líneas curvas y rectas, sembrándose por los naturales el terreno libre y llano que hay entre ellas; con advertencia que la piedra de que estan formadas es una especie de guijarro liso, sin que se note argamasa de cal ni arena; aunque si se miran con reflexión, manifiestan haberla tenido; pero como han pasado tantos siglos y han estado á las inclemencias, no es extraño se haya consumido. Estos vallados no continúan por todo el contorno del sitio; pero debemos presumir sería general, pudiéndose atribuir su falta á que lo restante tiene mejor disposición para labrarse por ser menor su declive, y á que los dueños de las heredades las han deshecho enteramente para la comodidad y aprovechar bien el terreno.» A continuación, después de referir como se veían en la planicie los «recuadros de casas, calles, y algunas plazuelas», formados con piedras «sin betún ni pulidez», añade lo siguiente: «y en lo principal de la cima ó llano, que llaman los naturales el sitio de la Plaza, se halla quasi á igual de la superficie de la tierra un murallón de cinco pies de ancho, y veinte y tres varas de largo, con dos ángulos en los extremos, construído de piedra y argamasa de cal y arena.» La parte que más importa conocer de lo dicho por aquel autor acaba en estos términos: «Por la forma que dió la naturaleza al sitio y los fragmentos que llevo insinuados, se viene en conocimiento que la ciudad no estaba enteramente en llano, como se advierte por el plan y que se extendía por la ladera de todo el contorno del cerro, y hasta donde se ven los despojos de las murallas, que estaban éstas retiradas del valle cien varas por el lado de Duero, aunque por lo restante es de presumir sería más, por los altos y baxos con que se halla el sitio»¹. Reduciendo á términos más breves todas las noticias que debemos á los citados escritores del siglo xviii, puede decirse que en su tiempo el cerro de Garray conservaba señales ostensibles de líneas de vallados de piedra al parecer fabricadas sin mortero alguno, en el borde de la meseta y en escalones de la ladera que mira á Poniente, y restos de una construcción robusta y fuerte, labrada con cal y arena, en la parte más alta de aquella planicie.

Las exploraciones llevadas á cabo en 1803 por D. Juan Bautista Erro en la meseta de la Muela de Garray ningún resultado dieron que pueda

1 Ob. cit., t. II, 58, pág. 286.

utilizarse para el estudio especial de las fortificaciones numantinas ¹, y lo mismo carecen de interés en igual sentido las noticias recopiladas por Ceán Bermúdez en el *Sumario de las antigüedades romanas*, y por Cortés y Madoz en sus diccionarios histórico-geográficos. Para encontrar fuentes



Fig. 2.

de información aprovechables en las publicaciones de la pasada centuria, es preciso acudir á la *Memoria* que ya cité, presentada á la Real Academia de la Historia por el ilustre ingeniero D. Eduardo Saavedra, primer arqueólogo que en términos precisos y científicos habló de las defensas de Numancia, al darnos á conocer la existencia de una parte de ellas, de construcción indubitablemente celtibérica. Con tal propósito, y también con el de demostrar cuál era la situación exacta de la ciudad heroica, describió y dibujó un resto de muro (fig. 2), clasificándolo acertadamente como trozo de muralla anterromana que declaraba la inexactitud de lo afirmado por Floro.

Refiriendo aquel arqueólogo eminente el proceso de su labor investigadora en el cerro de la Muela, explica cómo llegó á saber que los vecinos de Garrejo «sacaban piedra para sus casas de un cierto sitio que denominaban la cantera» ². «Entonces —dice— fuí á visitarlo inmediatamente, y haciendo excavar á mis jornaleros en el punto de donde salía el montón de piedras de informe aspecto, apareció el trozo de muralla que va figurado en la lámina IV y señalado en el plano general. Compónese de un paramento de sillarejo bien labrado y un relleno de mampostería gruesa rodada sin cal, pero con vestigios de haber estado unida con barro, asentando todo sobre un zócalo saliente de losa, que denota ser lo descubierto la base del muro ó escarpa de la fortificación rellena por detrás de tierra: esta escarpa podía haber tenido hasta unos seis metros de altura, según el espesor de la base, que es de dos metros y se halla incrustada en parte del

¹ *Alfabeto de la lengua primitiva de España*, págs. 171-173.

² SAAVEDRA, *Mem. cit.*, pág. 33.

terreno firme » Algo más adelante agrega: «Mucho se ha debatido sobre si Numancia tenía ó no murallas. Lucio Floro es entre los antiguos el único que opina lo último de una manera general y algo vaga; pero Apiano, que es el autor que describe con más detenimiento la guerra celtibérica, habla repetidas veces de murallas y fortificaciones». «Podrían añadirse á esto algunas consideraciones sobre la importancia de la guerra numantina respecto de la conquista romana en general, que harían ver que la última resistencia de la Celtibérica no se habría concentrado en una ciudad poco á propósito para la defensa; presentando, por fin, el trozo de murallón encontrado en mis últimas excavaciones, y antes nombrado, como probable indicio de la existencia de algún sólido reparo.»

Por todo esto que el Sr. Saavedra manifestó puede afirmarse que aquel trozo de muro era un resto evidente de muralla celtibérica, y por lo mismo indicio de ella, al abrigo del cual alcanzaron gloria y fama imperecedera los mártires de la independencia de Numancia.

La situación de la ciudad heroica y una de sus obras defensivas quedaron desde entonces descubiertas para siempre; pues si nada de cuanto queda dicho se hubiera publicado, continuando incierto y discutido el lugar que ocupó Numancia, seguramente los que tuvieron el honor de continuar aquellos trabajos de exploración no hubieran venido directamente á ejecutarlos, sin dudas ni vacilaciones, en la cumbre del cerro de Garray. La capital de los arevacos quedó, como digo, desde entonces descubierta, aun cuando no conocidos ni estudiados todos los vestigios que bajo el suelo del glorioso lugar yacían sepultados esperando nuevas y afortunadas excavaciones, merced á las cuales la tierra nos devuelve los restos de distintas gentes y épocas. Hoy mismo, después de nueve campañas de trabajo explorador, seguimos estudiando las ruinas y no sabemos si de resultados de futuros descubrimientos será preciso rectificar mucho de lo supuesto. Encontrándose la cuestión en tal estado, incierta en algunas ocasiones para todos, es de sentir, y nos duele, que se hayan escrito estas palabras por el célebre, y por muchos celebrado, descubridor de los llamados campos de Escipión: «Saavedra—dice el Sr. Schulten— se dedicó, por consiguiente, á buscar la ciudad antigua destruída por Escipión; pero sus excavaciones, según la relación oficial remitida á la Real Academia de la Historia, descubrieron tan sólo restos de una ciudad romana y nada de una

1 ADOLFO SCHULTEN, *Mis excavaciones en Numancia* (1905-1912), trad. por Hugo Grunwald, publicaciones de la revista *Estvdio*, Barcelona, 1914, pág. 10.

más antigua ibérica. Así se alimentó nuevamente la duda, y otra vez quedó incierta la situación de Numancia, como la no menos discutida de Troya.»

Si en las relaciones oficiales remitidas á la Academia por el Sr. Saavedra en 1860 y 1867, el informante afirmaba que sólo se hallaron restos de una ciudad romana en el cerro de la Muela y *nada de una más antigua ibérica*, sin duda se refería en sus escritos, que desconozco, á los hallazgos de la meseta entre los que aparecieron seguramente restos de cerámica celtíbera inclasificables por desconocidos en aquella época. Pero la *Memoria* premiada por nuestra docta corporación académica en 1861 bien claramente expresa el origen anterromano del muro descubierto cerca de Garrejo, descrito por el autor precisamente como demostración de la existencia de fortificaciones en la ciudad conquistada por Escipión ¹; ó lo que es lo mismo, en la ciudad celtíbera. Y dicho esto, que era de absoluta necesidad dejar aquí aclarado, el lector imparcial juzgará y aquilatará la significación y firmeza de cuanto dicen las líneas anteriormente copiadas.

La conveniencia de explicar el verdadero concepto formado por nuestro arqueólogo respecto al trozo de fortificación numantina que encontró, y la conveniencia de rebatir argumentaciones deleznable encaminadas á hacernos creer que la Numancia heroica no se descubrió hasta 1905, han exigido esta digresión algún tanto entretenida y en parte ajena al carácter de este trabajo. Mas, á pesar de lo manifestado, á modo de justa é imprescindible rectificación, hay que reconocer, y así me complace hacerlo, que al señor Schulten le debemos felices descubrimientos y preciosos datos para ilustrar y esclarecer la historia de aquella ciudad, como noblemente lo hace constar la Memoria publicada por nuestra Comisión ². Pero esos meritorios servicios prestados á la ciencia, esa labor fecunda por todos proclamada y aplaudida, no deben ni pueden convertirse en laureles de un triunfo que otro alcanzó y que no aminora en lo más mínimo el valor de otros alcanzados en buena lid. Si en el cerro de Garray no pudo ser un Schlie-mann aquel sabio profesor alemán, lo fué sin duda en los cercanos campos, y su nombre quedó por siempre asociado al de Numancia, y ya es bastante.

La imparcialidad me impulsa á reconocer y apreciar toda la importancia de los afortunados descubrimientos que bajo la inteligente dirección

¹ *Memoria* cit., pág. 35.

² *Idem* íd., págs. VII-X.

de aquel señor se realizaron en la acrópolis. Entre ellos me interesan muy particularmente los que consienten apreciar la obra y disposición de alguna parte de las cimentaciones de las murallas, de las cuales habla en una de sus últimas publicaciones ¹, afirmando ser las que reconoció de seis metros de anchura y construídas con grandes piedras en la parte baja y con ladrillos de arcilla (adobes) en lo alto, lo mismo que en la ciudad prehistórica de Troya. «Concéntrico con el muro defensivo—agrega—corre alrededor de la ciudad una calle circular: entre la muralla y esta calle se encuentra un cuartel redondo, compuesto de habitaciones que tienen de 11 á 12 metros de longitud, por dos ó tres de anchura.»

De estos descubrimientos dice la *Memoria* de nuestra Comisión ²: «El profesor Sr. Schulten dicho queda que descubrió, al borde de la meseta del cerro, por el lado oriental, fundamentos, al parecer, de muralla, pues no otra cosa parecen indicar el gran macizo de tres metros de anchura, con salientes cuadrados de cinco metros, como de torres; y al Oeste otros restos aún mayores de fundamentos, que por el tamaño de las piedras y lo informe de ellas recuerda el aparejo llamado ciclópeo.»

La Comisión, por otra parte, manifiesta además lo siguiente ³: «Nosotros, por el borde de Suroeste, hemos descubierto nuevos restos, al parecer también de muralla, en una longitud de 180 metros desde el Sur hasta el trozo últimamente citado, que descubrió el Sr. Schulten, y anchura media de 5,70 metros. Se trata de un macizo en cuyo paramento exterior (lámina XIII), se aprecian en algún punto hasta tres hiladas de sillares desiguales de tosca labor, y en su relleno cantos rodados unidos con barro, más gruesos, en una especie de espina ó línea media longitudinal. En algún trozo hay restos que parecen de torres cuadradas y de un camino cubierto.» Por las fotografías de la lámina indicada se puede formar juicio de la construcción de dichas obras; mas los planos, igualmente publicados en la *Memoria*, como se levantaron antes de ser descubierto el muro torreado, sólo contienen representaciones parciales de poca importancia para este estudio, donde se distinguen únicamente el espesor de la fábrica y en algún caso la espina ó muro interno de piedras gruesas que corre paralelo á los paramentos, cortando por el centro lo interior de la masa cubridora.

1 SCHULTEN, *Mes fouilles à Numance et autour de Numance*, *Bulletin Hisp.*, t. XV, n. 4, pág. 371.

2 *Mem. cit.*, págs. 19-20.

3 *Idem id.*, pág. 20.

Hasta aquí las curiosas noticias que nos bridan los textos modernos. Ellas, mas las referentes á lo descubierto con posterioridad á la publicación de la repetida *Memoria*, me servirán para justificar mi parecer, amparado de las observaciones nacidas del examen directo de las obras.

La copia de datos reunidos es muy suficiente para aceptar la opinión más admitida, apreciando como restos de la muralla celtibérica las robustas cimentaciones antes mencionadas. Para mantener ese concepto, que yo acepto por completo, bastará comparar la poca firmeza de los débiles muros de las casas con los grandes espesores de aquellas fábricas, fraguadas con solidez apropiada á las construcciones de mucha fortaleza; observar la posición que ocupan, bordeando la meseta de manera buscada de exprofeso con el intento de dominar las vertientes y batirlas por medio de los tiros fijantes; y reflexionar que si la calle inmediata y paralela (no representada en el plano publicado) carece de andenes laterales ó aceras como las demás de la ciudad, debe atribuirse esa circunstancia al propósito de dejar aquella vía libre de obstáculos, á modo de estrecho *pomerium* ó *intervallum*, dispuesto para acudir prontamente á los puestos amenazados. Pero con ser tan favorables á mi opinión todos esos accidentes y cuarto de ellos técnicamente se deduce, todavía se encuentran otros datos más persuasivos entre las obras descubiertas en 1912 y 1913.

Me refiero á los restos de muro donde se descubren algunos trozos que ofrecen sumo interés. En el que mira al SO. (singular hasta hoy por su disposición), se distinguen las partes bajas de unos torreones de planta rectangular, cuya situación y robustez sólo se explica admitiendo que fueron fabricados con el propósito de batir por medio de los tiros de flanco todo el exterior de la muralla y casi por completo los espacios muertos, aumentando así los medios de resistencia en un paraje donde la ladera del cerro comienza á ser de suave pendiente, y, por lo tanto, más necesitada de levantar en ella fuertes reparos para defenderla. Con la misma organización defensiva sabemos que estuvo el muro ibérico de Osuna, flanqueado por torres redondas ¹, y es de lamentar que las tierras procedentes de las excavaciones cercanas en el de la acrópolis numantina impidan, hasta que sean retiradas, la exploración del suelo inmediato para buscar en él la comprobación de si existió foso y paramento de escarpa, lo uno probable y lo otro muy dudoso. Algunos resal-

¹ A. ENGEL et P. PARIS, *Une forteresse ibérique à Osuna*, ext. des *Nouv. Arch. des Miss. scient.*, t. XIII, Paris, MDCCCXVI, págs. 22-35 (378-391).



tos que se distinguen á vanguardia parecen contornear varios extensos recintos escalonados en bajada hacia el valle del Merdancho, indicando probablemente la existencia de otras líneas, que se deben explorar por si tuvieran relación con el sistema defensivo de los barrios exteriores de la ciudad y con el resto de muralla hallado por el Sr. Saavedra, no lejos del cantil cortado á pico sobre la orilla derecha de aquel río.

Otra muy distinta á la explicada es la topografía del cerro en la vertiente occidental: su suelo, á trechos ríscoso y agrio, presenta en general, cortando las estrechas planicies de unos bancales, que hasta aquí se han venido cultivando, penosas subidas de más de 45°, si difíciles de trepar por infantes en orden disperso, inaccesibles para tropas en formación cerrada. Y esas cualidades del terreno, tan ventajosas para la defensa, aunque no la libraban del ataque con los trabajos de zapa, debieron saberlas apreciar los moradores de Numancia, avezados por la experiencia en las prácticas de la táctica romana, no siendo por esto de extrañar que en aquella parte de la cima dispusieran la muralla en línea seguida, reforzándola por medio de contrafuertes interiores con el propósito de hacer menos destructores los efectos de la mina. Libre aquel frente de ser combatido de otra manera que con la zapa, como queda dicho, ó por medio de las escalas, pues por la mucha pendiente no eran temibles las máquinas de escalada ni tampoco las de tiro y percusión, que no podían llegar hasta los puestos donde fueran eficaces, se explica la carencia de elementos flanqueantes, que de otro modo hubieran sido de absoluta necesidad.

Aquí también quedó terraplenado el suelo inmediato á la cresta con las tierras de las excavaciones; pero á pesar de este obstáculo, que nos priva al presente de poder averiguar si el muro bajaba formando talud alamborado, como los de los castros del valle medio del Duero¹, se puede, no obstante, estudiar la estructura de su fábrica y la disposición de ciertas obras que me parece descubrir en ella.

En cuanto á la construcción de dicho muro, reducido hoy á una altura que no excede de un metro en las partes más elevadas, y con espesor que varía entre cinco metros y 1,50 m. por su extremidad meridional, parece labrado, según se expresó, reforzando sólidamente sus paramentos y núcleo con unos contrafuertes traveseros ó perpiaños, que hacen, por su distri-

¹ GÓMEZ MORENO, *Sobre arqueología primitiva en la región del Duero*, Bol. de la R. Acad. de la Hist., t. XLV, 1904, pág. 148.

bución así ordenada, rarísima esta fábrica defensiva. En ella, lo mismo que en las otras murallas de la acrópolis donde se presenta la particularidad de la espina central, encuentro una ostensible influencia céltica, no observada por mí ni por otros, que yo sepa, en las fortificaciones prerromanas de la Península, sin embargo de haber dominado aquellas gentes guerreras las regiones centrales y otras del Mediodía y Levante, en las que dejaron abundantes testimonios de su paso.

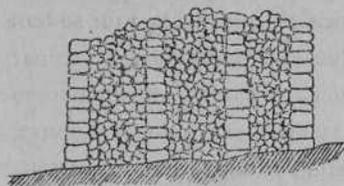


Fig. 3.

A propósito de estos muros, curiosos por su refuerzo interior, dice el arqueólogo francés D. José Dechelette que los de paramento interno, citados por César como muros dobles en sus *Comentarios* (cuando habla de las defensas levantadas en cierto sitio por los *advatici* del Condado de Namur), son de tipo frecuente

en las fortificaciones prehistóricas de la Galia, particularmente en muchos *castella* del departamento del Gard y en los Alpes Marítimos, añadiendo que se conocen ejemplares hasta de cuatro y cinco macizos agregados (fig. 3). Respecto á los de traveseras sus palabras son éstas ¹: «Los celtas reforzaban ordinariamente las murallas de piedras en seco por medio de armazones internas de madera. Cuando faltaba la madera la suplían estableciendo en la masa de la obra esta sólida osamenta con morrillos. No se puede atribuir exclusivamente á un grupo étnico determinado todos los muros con paramentos internos: los ligures, como los celtas, parece que hicieron uso de estas construcciones ².»

En aquellas construcciones, ambas labradas á base de refuerzos internos, encuentro que si las unas parecen indicar por su estructura condiciones apropiadas para aminorar los derrumbamientos laterales, cuando por medio de la mina se abrían brechas en los muros, las otras acusan igual arbitrio, procurando contrarrestar los efectos destructores de las máquinas opugnatorias, siendo preferibles las primeras, por tanto, para las murallas que no podían ser batidas con el ariete. La situación de los

¹ J. DÉCHELETTE, *Mun. d'arch. préh. celtique et gallo-romaine*, II, *Arch. Celt.*, París, 1913. Les murs renforcés, § II, pág. 703, fig. 270.—El texto cit. de César (lib. II, cap. VIII) dice: *quem locum duplici altissimo muro munierant*.

² C. JULLIAN, en una crónica galo-romana publicada en la *Rev. des études ancien.*, t. XVI, n. 3, 1914, habla de los muros dobles de Ampurias, cuya construcción parece romana.

muros de Numancia corresponde puntual y técnicamente al supuesto indicado, y si éste se presenta como indicio seguro de un problema que se ha de esclarecer más aún, su resolución quizá pudiera hallarse en las murallas baja y alta de la celtíbera Arcobriga, donde el ilustre Marqués de Cerralbo nos dice que ofrecen «la extrañeza de unos rangos de muros cayendo perpendiculares á aquéllas, y separados entre sí por espacios que varían de tres á cuatro metros, siendo casi iguales de largos, y las estancias que forman aparecen abiertas al interior»¹.

El infatigable y patriota explorador de las tierras del alto Jalón, verdadero Schiliemann español, á quien tanto debe la ciencia arqueológica, encuentra en algunas de las indicadas circunstancias de aquel muro ciertas relaciones de identidad con las murallas de Thapsus, Andrometa y Byrsa (Cartago), que le «hicieron pensar si lo que á los púnicos era tan conveniente», pudo ser causa de reformar «las defensas célticas de Arcobriga, dando á sus murallas la disposición cartaginesa».

Sólo como una impresión que tiende á explicar detalles de la fábrica y puede ser rectificada, apunta dicho supuesto nuestro insigne arqueólogo, después de justificar su opinión hablando de las constantes relaciones que existieron entre los guerreros celtíberos y los fenicios africanos; y si las cavidades ó estancias que reconoció en el muro, según determina con toda precisión, aparecen realmente en un suelo nivelado y abiertas hacia lo interior (cosa que convendría volver á examinar con cuidado), bien puede ser que esté en lo cierto. Pero si, por otra parte, consideramos la gran diferencia que existe entre el espesor de la muralla de Arcobriga (de cuatro á seis metros), y el que los autores señalan á la de Byrsa (10, 10 metros)², así como también el poco grueso del muro exterior de aquélla, donde apoyan los estribos interiores, y los dos metros que tiene la púnica por esa parte que hace faz al enemigo, resultará que, ofreciendo la una gran fortaleza en todos sus elementos, y principalmente en la obra más expuesta á ser combatida, la otra, la defensiva de la acrópolis arcobrigense, no podría resistir el ataque de los arietes, ni siquiera el de los picos manejados por los forzudos brazos de las gentes de guerra en aquel tiempo. La muralla de Byrsa, lo mismo que la de Tirinto, á la que iguala en planta y disposición, excepto en carecer del ancho terraplén exterior³, tenía,

¹ AGUILERA y GAMBOA, MARQUÉS DE CERRALBO; *El alto Jalón*, Madrid, 1909, página 121.

² Perrot et Chipiez, *Hist. de l'Art, Phénisie*, t. III, págs. 348-351, fig. 251.

³ Idem id., *Tyrinthe*, t. VI, pág. 271 y s., figs. 73, 74, 75 y 76.

además de las cámaras abovedadas ó casamatas, una galería interior que comunicaba con ellas, y que ignoramos si la tiene el muro de la arruinada ciudad celtibera, donde, por todo lo expuesto, más me parece hallar caracteres de similitud con el de la acrópolis de Numancia, y por lo tanto, con las fortificaciones célticas de las Galias.

Volviendo al estudio de las del Castro Garray, continuaremos el de la muralla del frente occidental. En su extremo Sur se unen á ella por pequeño muro de un metro de espesor los fundamentos de una obra de planta triangular de 6,50 metros de base por ocho de altura, situada á modo de baluarte sobre un estrecho paso que baja en pendiente hacia la ladera, y cuyo rumbo no es posible precisar por impedirlo en la actualidad las tierras de las excavaciones amontonadas en su entrada (fig. 7). La disposición ofensivo-defensiva de aquel puesto, tanto respecto al frente exterior como al interior, en previsión, quizá, del caso indicado por Vegecio de tener que combatir al enemigo que hubiera entrado en la plaza ¹; el ensanche inmediato de la ciudad, formando una pequeña plaza empedrada, adonde concurren tres calles que bajan en opuestas direcciones; y la situación dominante y fuerte de la masa triangular, establecida en sitio adecuado para ocultar una salida, resultan particularidades y concordancias notables, en las cuales se reúnen todas las exigidas por la técnica antigua para la mejor defensa de las puertas. En el Castro de Santa María de Huerta, ya en otra ocasión citado, aparece, según nos dice su descubridor, una de las entradas al recinto, formada «por un inmenso triángulo de tres peñones, que en el superior se apiconó profundamente el agudo vértice, copiando sin duda en la forma la puerta de la galería en los muros de la ciudadela de Micenas» ².

Si á pesar de la cita precedente, que viene á probar no ser un caso raro el de las puertas defendidas con obras triangulares en la fortificación antigua de la región central ibérica, pudiera ofrecer dudas la clasificación de la fábrica numantina, ésta quedará seguramente mejor explicada si además del ejemplo presentado ampliamos la información con otro de un monumento de origen céltico, del mismo linaje y de igual disposición. Aludo al *Châtelet* ó *Château-Beau*, del término de San Martín de Vaux (Sâone et Loire), vico ó aldea gala defendida al Mediodía y al Oeste por

¹ *De re mil.*, IV, XXV.

² *El alto Jalón*, pág. 67.

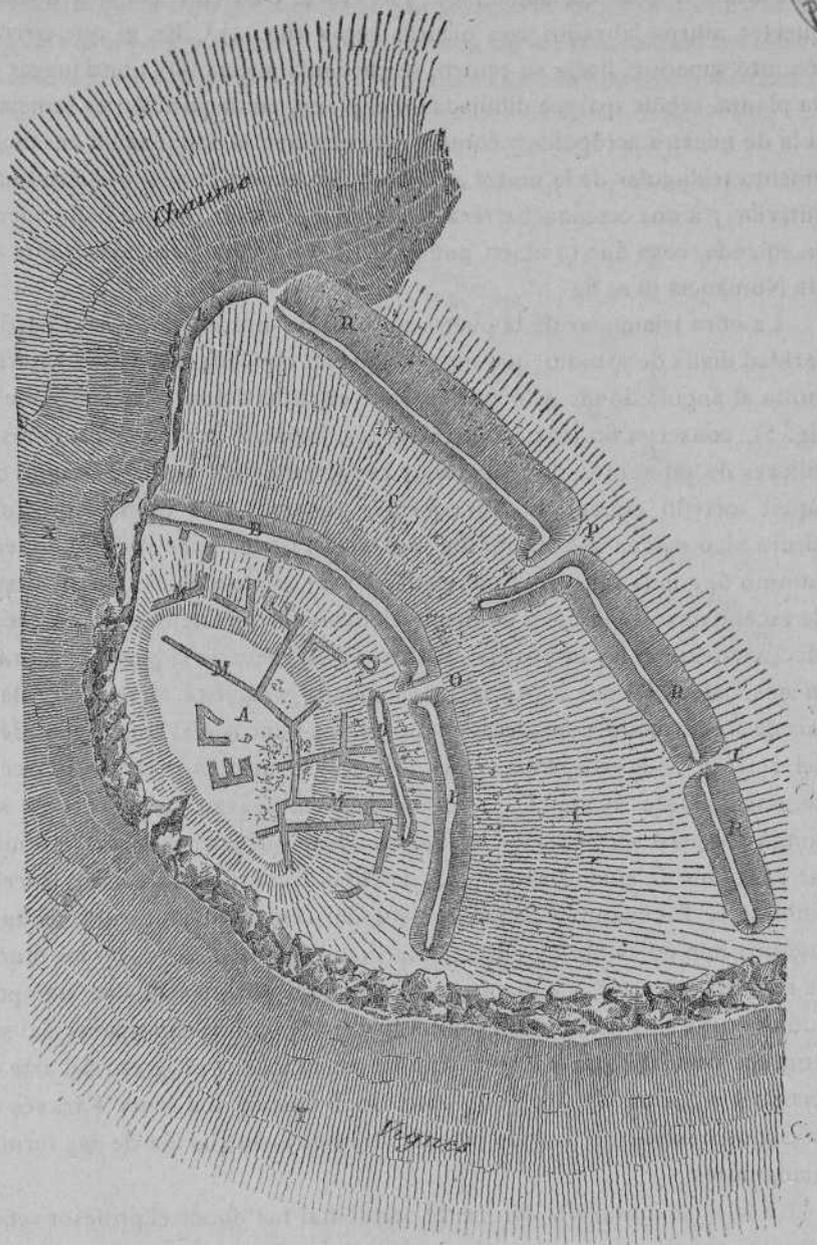


Fig. 4.

una altura rocosa cortada á pico, y al Norte y Oriente por dos líneas de fuertes muros labrados con piedras secas (fig. 4)¹. En el que cierra el recinto superior, hacia su centro, se abre una puerta (O), que á juzgar por la planta, según aparece dibujada en el plano, su disposición es semejante á la de nuestra acrópolis, y como á ésta también la flanquea un ensanchamiento triangular de la muralla, si bien con el vértice agudo mirando á lo interior y á una cercana barrera de tierra y piedras (Q), que batía además la entrada, cosa que también pudo existir, en forma parecida, frente á la de Numancia (aa, fig. 5).

La obra triangular de la puerta numantina ofrece además una particularidad digna de estudio, que no debe quedar olvidada. En la cara interior, junto al ángulo donde principia la parte estrecha del *intervallum* (calle N, fig. 5), conserva un trozo de escalera (b), formado por cinco peldaños de sillares de diferentes dimensiones y rudamente labrados, indicando que aquel torreón, cimentado con enormes guijarros, fué probablemente de altura algo mayor que la muralla inmediata, donde para subir al andén ó camino de ronda (que sin duda debió tener), no han aparecido arranques de escalinatas ni indicios de otros elementos equivalentes. Si así fué; si efectivamente se levantaba en aquel lugar extremo de la parte de muralla menos defendida por la naturaleza una alta y robusta torre, con ella se fortaleció de modo considerable uno de los flancos del frente más débil del recinto de la acrópolis, pudiendo servir además para establecer el necesario enlace de aquél con las fortificaciones avanzadas, si, como supongo y espero ver confirmado, bajaba desde esa puerta un camino militar para unir la ciudad alta y sus defensas con los terraplenes y barrios exteriores. En cuanto á la torre triangular, elemento que caracteriza la organización de la obra y parece importado de la Galia, como los muros de refuerzo interior, su planta, de forma rarísima en aquellos tiempos, pudiera muy bien indicar un punto de partida, quizá los orígenes del sistema abaluartado, que si llegó á determinar el mayor progreso del arte de fortificar á partir del Renacimiento, su evolución fué lenta á través de los siglos medios, en los que ya encontramos la iniciación de las formas triangulares.

En la misma muralla del frente occidental fué donde el profesor señor Schulten señaló la existencia de una puerta, en su opinión bien determi-

¹ J.-G. BULLIOT, *Essai sur le système défensif des romains dans le pays Eduen*, pág. 57.



nada, pero que yo no pude estudiar por impedirlo en parte las tierras de las excavaciones y por haber destruído algo de la construcción las inclemencias de los inviernos durante siete años. Cerca del boquete que quedó,

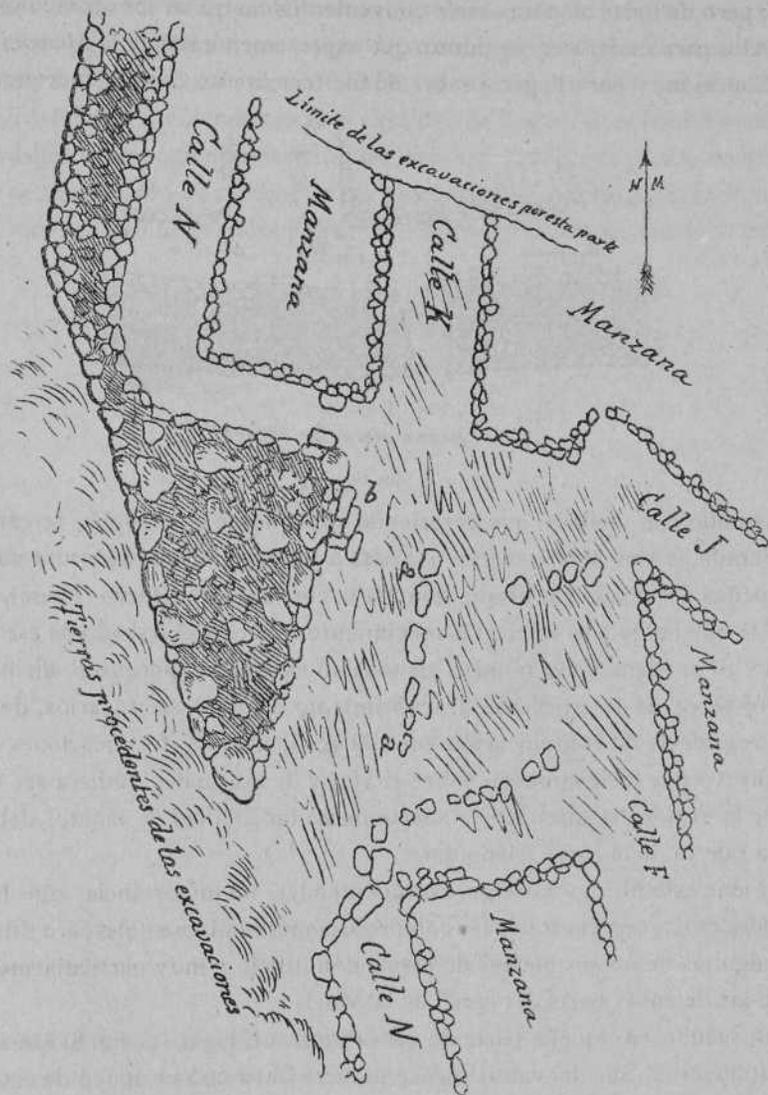


Fig. 5.

frente de la calle A (fig. 6), se abre en el muro el hueco correspondiente á un desagadero, ó tal vez á una poterna, cosa que se averiguará tan pronto como se quiten las tierras acumuladas delante, en las que se encuen-

tra también, como ya queda dicho, un obstáculo para reconocer las partes bajas de la muralla y si tuvieron ó no paramento exterior alamborado, que en el lenguaje técnico se llama escarpa. No parece que la hubiera por allí; pero de todas maneras sería convenientísimo quitar los obstáculos señalados para esclarecer ese punto, que expresamente señala la *Memoria* de la Comisión, y para llegar á saber dónde termina un camino fuertemente

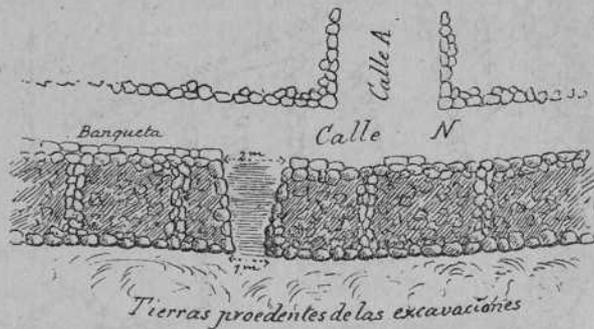


Fig. 6.

cimentado con piedras, que pareciendo subir desde el terraplén cercano á la ermita de Los Mártires (fig. 7), pasa á unos 10 metros de altura sobre las peñas del tajado cantil que domina la corriente del Duero (Plano).

De mucho puede valer el conocimiento exacto del trazado de ese camino. Si se logra determinarlo en toda su extensión, porque el afirmado se conserve, es de esperar el descubrimiento de otros secundarios, destinados á servir de comunicación entre la acrópolis y las fortificaciones que según Apiano se levantaban sobre el río, y de las cuales pudiera ser una parte la explanada que tuve la suerte de hallar á mitad de ladera, debajo de la puerta de la torre triangular.

Tiene este último hallazgo, en mi entender, tal importancia, que bien pudiera radicar en él otra de las comprobaciones fundamentales para dilucidar algunos de los problemas de resolución difícil, y muy particularmente el de las defensas bajas del cerro de la Muela.

Buscando en aquella parte de la vertiente un lugar (C, fig. 8) que por su situación al Sur del cantil rocoso pudiera batir con el apoyo de éste el vado del Duero, que en todo tiempo ha debido ser de fácil paso por la mucha altura de las piedras reunidas en el lecho, mandé excavar á los obreros allí donde calculé una distancia hasta abajo menor al alcance de los tiros de arco y honda.



Los trabajos dieron comienzo el 26 de Agosto y terminaron el 9 del mes siguiente, por causa de un fuerte temporal de lluvias que no consintió que prosiguieran. En aquellos días las herramientas de los obreros descubrieron, cortando la ladera en una extensión de más de 80 metros cuadrados (figs. 9 y 10): primero una capa de tierra vegetal de 70 á 80 centímetros de altura; debajo otra de cenizas de mayor espesor (por algunos sitios más de un metro), conteniendo tan gran cantidad de huesos de animales y cachos de vasijas rotas, con algunas escorias de hierro, carbones y bolas de barro, que se necesitaron 26 capachos para recogerlos; y, por fin, debajo de todo, una cimentación de grandes guijarros, algunos de enorme tamaño, traba-

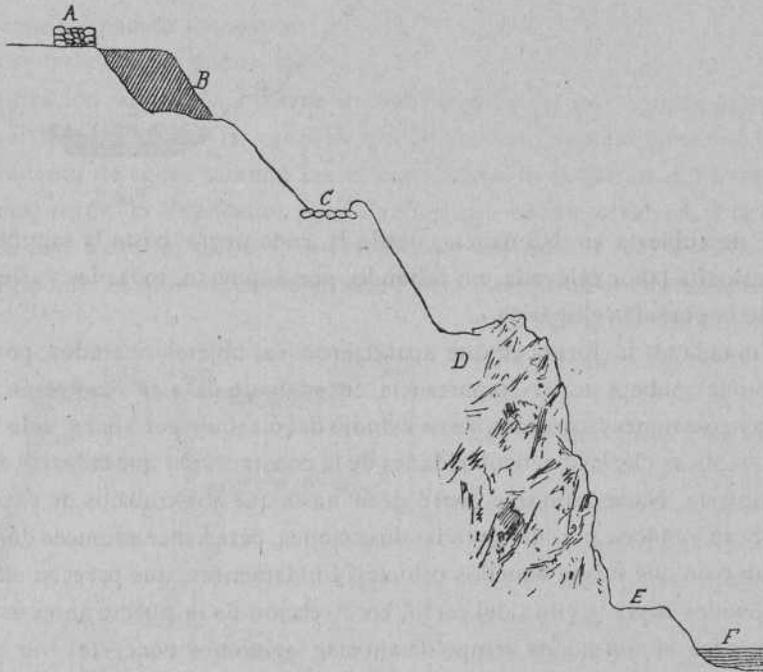


Fig. 7.

dos fuertemente con tierra roja, sobre la cual apareció en el lugar indicado en el croquis con la letra C un pequeño bronce de Vespasiano, y en otro sitio un poco distante de aquel (D) un trozo de cráneo al parecer humano. No habiendo podido rodar casualmente aquella moneda atravesando la capa de cenizas para llegar hasta donde la encontró un trabajador, su hallazgo señala una época límite de la cual no puede pasar, la que

indica cuándo fueron vertidos allí tantos residuos. Y es lo particular del caso que entre los fragmentos de cerámica se encuentran todos los tipos

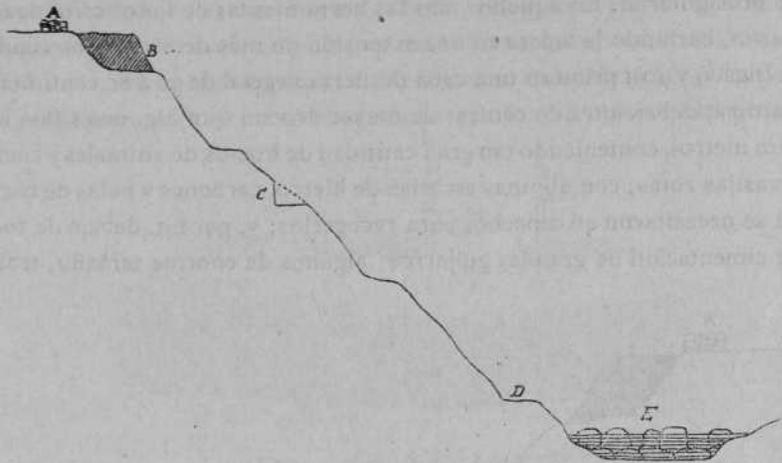


Fig. 8.

de la descubierta en Numancia, desde la ruda negra hasta la saguntina de exquisita labor relevada, no faltando, por supuesto, todas las variedades de la pintada celtibérica.

Anotada así la forma en que aparecieron los objetos relatados, por si la noticia pudiera tener importancia en adelante para la resolución de arduas cuestiones históricas, cuyo estudio debo rehuir por ahora, sólo me resta explicar ciertas particularidades de la construcción que en parte dejé descubierta. Nada definitivo podré decir hasta que los trabajos de exploración no avancen por allí en todas direcciones, para saber entonces dónde acaban y en qué forma aquellos robustos fundamentos, que parecen subir escalonados hacia la cima del cerro, en dirección de la puerta antes estudiada; pero si aún no es tiempo de afirmar opiniones concretas, no por eso dejaré de indicar que la situación y el perfil de la parte conocida de la obra, la calidad de los materiales empleados en la cimentación y en el muro exterior de contenimiento y la extensión del andén ó meseta, parecen indicios de una serie interesante de datos concordantes y complementarios suficientes para suponer que se trata de uno de esos terraplenes defensivos llamados ibéricos, semejante á los encontrados por el señor Shulten en Peña Redonda, á los que defendían varios puntos de las vertientes de *Mont Breuvray* en la Galia, de cuyas fortificaciones he de hablar

más adelante, y los que defendían una de las laderas del collado donde tuvo su asiento Alesia ¹.

De haber existido en aquel paraje del castro numantino un barrio habitado por gentes de guerra, como ya dije que se ha llegado á suponer, las cimentaciones de muros y otros vestigios de viviendas no hubieran faltado en la superficie de lo descubierto, donde todo, en cambio, parece demostrar que se trata de un puesto de

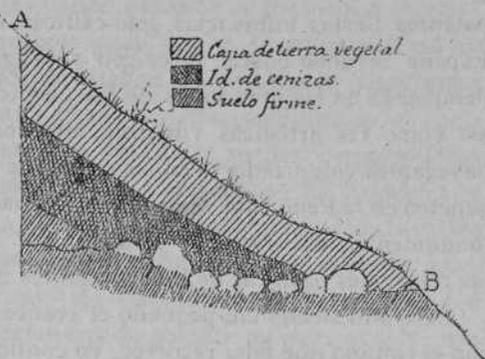


Fig. 9.

fortificación destinado á cerrar el paso del enemigo por aquella parte de la vertiente, á enfilear la vadeable del Duero y á tener asegurado el abastecimiento de aguas cuando las circunstancias lo exigieran. En lo descubierto, según lo explicado, puede verse una obra equivalente á la indicada por Vegetio, cuando, al recomendar los medios más seguros para que no falte el agua necesaria en una plaza, dice que si el manantial estuviere fuera de tiro de la muralla, se debe entonces construir un fuerte pequeño (*castellum parvulum, quem burgum vocant*), en el cual se pondrán ballesteros y saeteros para su defensa ².

En suma, hoy por hoy, esto es cuanto se puede decir respecto á las fortificaciones del cerro de la Muela. Lo expuesto, síntesis de mis investigaciones en los textos y en

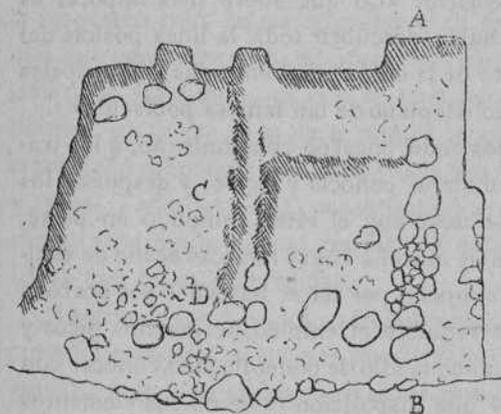


Fig. 10.

el rastreo de los campos, adelanta poca cosa, como al principio dije, para

¹ CÉSAR, *Les commentaires sur la guerre des Gaules*, trad. et ann. par E. SOMMER, París, 1912, VII, XLVI. "A media ladera, sobre poco más ó menos, los Galos habían levantado, de frente y siguiendo la posición de la colina, un muro de seis pies de alto fabricado con grandes piedras, para contener nuestras acometidas."

² *De re mil.*, IV, X.

la resolución del problema referente á las defensas de Numancia. Mas, á pesar de todo lo expuesto, en las fábricas estudiadas vemos por lo pronto patentes ciertas influencias galo-célticas, confirmando la teoría de que en España se debe buscar el origen y progreso de la fortificación antigua flanqueada en las invasiones de los pueblos guerreros y conquistadores, así como las artísticas vinieron muy particularmente traídas por los navegantes colonizadores en las costas de Levante. El arte de la guerra penetró en la Península, seguramente, guiado por la espada de Marte, y el monumental, decorativo y plástico, por el alado caduceo de Mercurio y las relaciones pacíficas de los navegantes de Oriente.

Pero aun siendo tan pequeño el avance realizado en ese sentido y mucho el camino que falta recorrer, yo confío en que ciertos ya de la existencia de las obras defensivas, su exploración, y, por tanto, su estudio, será cosa menos difícil en adelante, pudiéndola llevar á cabo simultáneamente (con pequeñas cuadrillas de obreros para distraer pocos de la excavación general) por los terraplenes de las laderas y por la muralla torreada que parece seguir el contorno de la acrópolis ó antigua ciudad, atendiendo en esto último las indicaciones y prudente consejo del sabio arqueólogo, que después de haber descubierto el muro celtibérico de Garrero, decía en su laureada *Memoria*: «Lo que ahora más importa es seguir la excavación empezada hasta descubrir toda la línea posible del recinto, que acaso dé el perímetro de la ciudad, sus entradas y principales calles, llegando así á conocer algo del plano de tan famosa población»¹.

Olvidado durante muchos años aquel encargo oportunísimo, á los trabajos del Sr. Schulten, que sin duda lo conocía y siguió, y después á los de nuestra Comisión ejecutiva, se debe hoy el estar cumplido en parte, habiéndose descubierto los trozos de muralla cuyas fábricas acabo de estudiar. Sin embargo, todavía queda mucho por hacer hasta dar por acabada esa importante investigación que requiere el empleo de muchos picos y azadones en el cerro de Garray, único medio de poder llegar á conocer con toda puntualidad cómo fueron y qué disposición tuvieron los elementos esenciales de la organización defensiva de Numancia. Por lo que hoy conocemos, sería jactanciosa la afirmación de haber explicado el carácter de sus fortificaciones. Esa empresa exige tiempo y mucho estudio para acabarla de una manera seria y concienzuda.

1. SAAVEDRA, *Mem. cit.*, pág. 35.

¿Pero las obras defensivas de aquel altozano fueron todas las que constituían la fortificación de Numancia cuando Escipión se presentó á sitiirla? Y, de existir otras en parajes cercanos, ¿cuál fué su situación y cómo estuvieron organizadas? ¿En qué forma estaban construídas y dispuestas?

Para responder cumplidamente á estas preguntas, conjunto de las cuestiones que abarca todo el problema y en las cuales quedan comprendidas aquéllas expresadas por la Comisión en su *Memoria*, no ha llegado aún la hora ni es posible hacer otra cosa que adelantar algunas conclusiones provisionales, sujetas á más de una rectificación. Lo que sí puede afirmarse en vista de los descubrimientos efectuados, y de acuerdo con ciertos principios constantes y racionales de política militar, es que, una vez arrasadas las fortificaciones numantinas, después de la prolongada lucha sostenida á todo trance por Roma, no es de creer se reedificaran con autorización del Senado ó de los generales, cuando después del triunfo de Escipión la guerra se recrudeció con igual ardor que antes en las regiones septentrionales de la España citerior hasta los tiempos de Augusto. Destruída la ciudad, que durante tantos años pudo contener y vencer en ocasiones á cónsules prestigiosos y legiones aguerridas, no es presumible, repito, que los Romanos cometieran la torpeza de autorizar la reconstrucción de las murallas y de los recintos exteriores. Todo lo más que pudo ocurrir al edificarse la Numancia romanizada como mansión de la vía militar, es que se levantara, como elemento necesario de defensa, un fuerte en la parte alta de la meseta del cerro ¹, donde Lope-rzáez halló robustas cimentaciones de fábrica, labrada con argamasa de cal y arena. Todas las demás construcciones de carácter defensivo que aparezcan tendrán, lo mismo que las conocidas, un origen celtíbero y se hallarán casi del todo derruídas.

Apartándonos de otros extremos discutibles, que nos alejarían de la cuestión principal, el primer punto que importa discutir para contestar aquellas preguntas arriba expresadas, es el referente á la organización urbana que pudo tener la capital de los arevacos. Don Joaquín Costa trató con verdadero acierto y erudición estupenda en sus *Estudios ibéricos* cuanto se refiere á este punto interesante. Después de explicar cómo estuvieron organizadas las tribus por agrupaciones de aldeas, que obedecían á un centro común, cabeza de todas ellas, dice que cuando los autores hablan de las ciu-

1 VEGESIO, *De re militari*, III, VIII.

dades ibéricas, no debe entenderse este vocablo en su sentido actual, pues ordinariamente lo empleaban como sinónimo de nación ó tribu ¹. «Por lo general —añade—, puede creerse que las aldeas de las ciudades ibéricas constaban de una *turris* ó *castellum*, centro de resistencia; de un *oppidum*, grupo de viviendas de los aldeanos, y del *ager*, que éstos beneficiaban con sus granjerías rústicas y pecuarias: todavía existe el original de un documento fechado á 19 de Enero del año 189 antes de la Era Cristiana, que atribuye estos tres miembros á Lascut, aldea de Hasta ó Alcalá de los Gazules» (*Corpus i. l.*, II, n. 5041)». Más adelante el mismo autor sigue diciendo que «del sistema de aldeas fortificadas característico de nuestra raza, puede contemplarse hoy aún una muestra en las montañas de Marruecos... Todas las tribus de berberiscos independientes del Atlas marroquí pueden reducirse á dos tipos: el de los Ait Atta de Amelú, por ejemplo, que viven en aldeas, cada una de las cuales se halla dominada por una fortaleza, donde los aldeanos almacenan sus cosechas, y el de los Imazighen, próximos al Océano, que agrupan sus aldeas en derredor de un centro fortificado» ².

Si estos expresivos datos consienten formar una idea aproximada de lo que pudieron ser las ciudades y aldeas de la Celtiberia cuando fué invadida por las legiones romanas, aún se completa dicho concepto en el párrafo siguiente, de donde copio las partes más interesantes, escritas en estos términos: «Cuando los generales romanos trataban de apoderarse de una ciudad, principiaban por ocupar ó someter las torres ó aldehuelas de su campo, á fin de evitar que se concentraran fuerzas á espalda del ejército sitiador, molestaran á los forrajeadores y transmitieran desde sus atalayas á las tribus vecinas las señales telegráficas de la capital ³.» «No podía ser otra cosa [la rendición de los pueblos, *oppida*]: las pequeñas fortificaciones de las aldeas servían para la guerra local de asalto y algara entre tribu y tribu; pero carecían de condiciones defensivas en la guerra de masas y de maquinaria perfeccionada, que introdujo Roma. Erales, por esto, forzoso concentrarse apresuradamente en la capital, y si no cabían en ella, ensanchar su *pomerium* ⁴, ó si carecía de fortificaciones ó no eran

¹ J. COSTA, *Estudios ibéricos*, I, pág. LX.

² Idem id., pág. LXIII.

³ Idem id., pág. LXIV y sig.

⁴ Para el sentido de esta voz, que en una de sus acepciones significaba el espacio comprendido entre la muralla y las edificaciones de la población, puede consultarse la cit. obra de G. SIMANCAS, *Plazas de guerra*, etc, pág. 119.



éstas proporcionadas á los medios de ataque de los romanos, construir-las y reforzarlas, en previsión de nuevos ataques.» «La invasión romana precipitó el movimiento de concentración, y con intensidad tan peligrosa para los invasores, que T. Sempronio Graco, luego que hubo vencido una primera vez á los celtíberos, les hizo suscribir un tratado de paz, por el cual se obligaban á no edificar nuevas ciudades: posteriormente añadió, por vía de interpretación, el Senado una cláusula prohibiéndoles amurar-las las ciudades que poseyeran ya en aquella sazón ¹. Una de las tribus más numerosas y fuertes con quienes había sido ajustado el tratado, la tribu de los velos, se dió prisa á ensanchar y fortificar su capital, Segeda; tirando alrededor un muro de más de una legua de circuito, y llamó á ella á los habitantes de las aldeas; que fué pretexto por donde Roma reanuda-se la guerra contra aquella nación, tan esforzada como previsora. Cuando Pompeyo hubo tomado la última aldea del campo numantino, Malia, y puso Escipión aquel cerco formidable, que fué gloria y sepulcro de la ínclita ciudad pelendónica, ya estaban dentro concentradas las gentilidades que habían repugnado el vasallaje de Roma y huído de sus burgos ó aldeas.

Probablemente al operarse esa concentración no se diseminaban los aldeanos confusamente por el antiguo casco, sino que cada aldea se construía un grupo unido de viviendas, adheridas exteriormente al *pomerium* viejo, constituyendo un barrio nuevo de la ciudad, y que en él seguía ejerciendo jurisdicción sobre sus clientes ó vasallos, *θεράποντας* lo mismo que antes en el burgo respectivo, el jefe ó señor á quien competía. Esto explica que los historiadores de la conquista señalen pluralidad de jefes en Numancia: Rhetógenes Carannio, Theógenes, Avaro, etc. Uno de ellos, por ejemplo, el llamado Theógenes, luego que adquirió la persuasión de que no era posible llevar más adelante la resistencia, mandó llenar de combustible las casas de su barrio, *vicum suum*, que era el mayor de la ciudad, y le prendió fuego ²: inmediatamente dispuso que sus súbditos se batieran de dos en dos, y cuando los vió á todos muertos y ardiendo en las llamas de sus hogares, se arrojó en el fuego. Cada uno de los barrios de la ciudad, ó, lo que es igual, cada una de sus aldeas, debía tener á su cuidado el lienzo de muralla que le caía enfrente, como todavía en la

¹ APPIANO, *De re hisp.*, XLIV.

² VALERIO MÁXIMO, *Factorum dictorumque memorabilium*, III, II.

Edad Media, v. gr., en la comunidad de Daroca ¹: al menos en Osuna parece que los aldeanos estaban obligados á contribuir por prestación personal, como carga de concejo, á la construcción de las murallas y fuertes de la ciudad, y es muy verosímil que al estatuirlo así César cuando fundó la colonia *Genetiva Iulia*, se limitara á calcar la jurisprudencia anterior de los iberos de Ursaon ².»

Según esto, no podrá considerarse temerario el supuesto de que Numancia, como Segeda, ensanchara los límites del recinto fortificado al verse amenazada por los ejércitos de Roma. Procediendo así defendía los barrios construídos por los aldeanos cerca del centro principal de resistencia ó *castellum*; pero las barriadas construídas con dicho objeto pudieron establecerse en las laderas del cerro, dentro de recintos exteriores dispuestos en la forma que indica el plano de Loperráez é imaginó el señor Schulten, ó bien ocupando lugares aledaños situados en derredor de aquel centro, en la disposición indicada por Costa al hablar de las aldeas que constaban de *castellum*, *oppidum* y *ager*, á semejanza de *Lascuta*, ó las berberiscas de la tribu de Imazighen.

Para aceptar la primera de estas conjeturas, parecen oponerse serias consideraciones técnico-militares basadas en la topografía local, como son: lo reducido del terreno aprovechable del cerro, para establecer las viviendas de tan crecido número de nuevos pobladores; la violenta pendiente de la ladera occidental del cerro, donde los recintos, por esta circunstancia, tenían necesariamente que ser muy estrechos, quedando en ellos tan sólo el espacio indispensable para circular los defensores; el entorpecimiento que éstos hallarían en los grupos de casas levantadas entre muros en las vertientes septentrional y oriental, donde el terreno es menos agrio y pudieron establecerse algunos burgos, y, además de todo esto, la situación en que quedaban los reparos de las partes bajas de dichos flancos, fáciles de batir y de tomar por el enemigo, una vez

¹ "En casos de guerra, acudían [las aldeas de Comundades de Aragón] á defender los muros de la villa y ampararse también en su recinto." "Los pueblos de la comunidad de Daroca tenían señalados los torreones que correspondían á cada uno para guarecerse en caso de apuro, y debían cuidar del sostenimiento del torreón y parte de la muralla que debían defender y defenderlos á sílos..." *Discurso* leído por D. VICENTE DE LA FUENTE, en el acto de su recepción en la Real Academia de la Historia; Madrid, 1861.

² HÜBNER, *La arqueol.*, pág. 92. Las leyes de *Urso*, *lex coloniae Iuliae Genitivae Urbanorum sive Ursonis*, fueron otorgadas por César en el año de su muerte, 44 de Jesucristo. Conservando un ejemplar grabado sobre varias planchas de bronce, y con algunas intercalaciones en el texto, hacia la época de Vespasiano.

dueño éste de las alturas vecinas. La única parte apropiada para establecer un barrio exterior es la suave bajada meridional que cortan acantilados rocosos sobre el cauce del Merdancho, y en aquella ladera sólo cabía un barrio algo populoso.

La segunda hipótesis es, en mi opinión, la única que puede aceptarse provisionalmente con algunas probabilidades de acierto. No ignoro que este juicio, quizá hoy algo atrevido, se aparta de cuanto hasta aquí se ha escrito sobre el particular; pero cuenta en su apoyo las razones arriba manifestadas, y todavía he de encontrar otras más expresivas para sostenerlo y afirmar su verosimilitud entre las noticias históricas en otro lugar anotadas, referentes á la situación y disposición de la ciudad, y en los datos que se pueden recoger rastreando en ciertas ruinas importantísimas y sacando consecuencias útiles del estudio que hizo de ellas el tantas veces citado Sr. Schulten.

Los autores antiguos determinan la topografía de Numancia de manera diferente, como en parte se indicó cuando acudimos á sus textos para comprobar la existencia de las fortificaciones. Floro y Orosio, los dos menos autorizados, expresan concordés que la ciudad se hallaba situada en un altozano junto al río Duero, y Apiano, más explícito, porque sin duda tomó las noticias de quien describió la población conociéndola, dice que ésta estaba bañada por dos ríos (el Duero y el Merdancho), cortada en barrancos, con una sola salida al llano y fortificada la margen del Dorio. Tampoco están de acuerdo esos historiadores para fijar la extensión de la ciudad, pues mientras que Orosio la creyó cerrada por «un muro de 3.000 pasos de perímetro», Apiano señala á la circunferencia 24 estadios, longitud que como más adelante pruebo, era mucho mayor que la indicada, correspondiente á 4.500 metros ¹.

Estas dos últimas opiniones tan distintas, y que parecen, por lo mismo, contradictorias respecto al punto discutido, pueden ser, sin embargo, fiel expresión de la verdad, por referirse la una probablemente al muro defensivo del centro principal de población y resistencia (puesto que la parte superior de la meseta viene á tener de contorno los 3.000 pasos indicados), y la otra al muro que circunvalaba todo el extenso recinto, dentro del cual quedaban comprendidos: aquel fuerte núcleo de población dotado, como las modernas ciudadelas, de los más poderosos elementos bélicos; los cam-

¹ Para la equivalencia de las medidas romanas con las nuestras, puede consultarse, entre otros textos, el *Dicc. militar* del CONDE FEDERICO MORETTI, apénd., pág. 59.

pos destinados para el pastoreo del ganado, preciso para asegurar las subsistencias durante un prolongado sitio, y los burgos ó barrios llamados por los clásicos *vici* ó *castella*, establecidos en la ladera meridional del altozano y en las partes más elevadas y fuertes del terreno *bañado* (no circuido) *por los dos ríos y cortado por barrancos*. En aquella altura del castro no existen barrancadas ni manantiales, y conocida la pequeñez de los aljibes que se descubren en las casas celtibéricas, la posesión del agua no quedaba asegurada sino señoreando los numantinos todo aquel vasto campo atrincherado, que tantas relaciones de semejanza tiene con el de *Mont Beuway* (la antigua *Bibracta*), situado unos 25 kilómetros al Oeste de Autun, entre el Saona y el Loire, cerrando un muro de circunvalación el extenso recinto donde se levantan diversas alturas con defensas independientes de la principal, denominada *La Terrasa* ¹. Así Numancia, como antes lo hizo *Segeda*, pudo levantar «*alrededor un muro de más de una legua de circuito*», por ser á las tribus acogidas á su amparo «*forzoso concentrarse apresuradamente en la capital, y si no cabían en ella, ensanchar su pomerium*» aumentando las fortificaciones «*proporcionadas á los medios de ataque de los romanos*», según antes queda dicho.

Al referir el texto de Apiano uno de los sucesos más interesantes de los ocurridos cuando comenzaron las operaciones del cerco, nos proporciona el medio de poder comprobar también con un hecho histórico la verosimilitud de mi conjetura. Dice el acreditado autor del *Libro de las Guerras ibéricas* que Escipión, después de haber establecido los dos grandes campamentos todo lo más cerca que pudo de Numancia, levantó dos fuertes en las orillas del Duero con el propósito de establecer entre ellos un artificio que impidiera toda clase de socorros á la plaza sitiada. Si esta noticia la estimamos como cierta, y el relato es exacto en todas sus partes, lo acaecido parece indicar con claridad meridiana que aquel general no era dueño por entonces de la margen derecha del río en la parte comprendida entre la desembocadura del Tera y la del Merdancho. De haberla dominado, fácil le hubiera sido, como militar experto, batir la corriente en toda aquella extensión con sólo el empleo de emboscadas y algunas partidas volantes de honderos y sagitarios provistas de balsas ó de pequeñas embarcaciones; pero á este procedimiento, que era seguramente el más apropiado á las circunstancias, se oponía sin duda la causa que dejo indicada,

¹ BULLOT, *Essai sur le syst.*, etc., págs. 129 y sig.

y además, por si esto no fuera bastante, la acción ofensiva de las fortificaciones numantinas construídas sobre las mismas aguas, cosas ambas que explican cumplidamente el procedimiento seguido por aquel caudillo al barrear con maromas y largas vigas provistas de chuzos y saetas la entrada del río, en puesto situado más arriba de su entrada en el recinto general, consiguiendo así cerrar el paso, de la única manera pasible, á los barcos enemigos que bajaban «impelidos con la vela cuando soplabá un fuerte viento, ó con remos y á impulsos de la corriente».

Todo cuanto queda explicado y discutido aconseja, pues, á suponer que la mayor parte de las ruinas exploradas por el Sr. Schulten en las cercanías del Castro de Garray, y clasificadas por él como cimentaciones de los campamentos de Escipión, fueron, antes de tener ese destino, las aldeas (*vici* ó *castella*) de los refugiados arevacos, con las que se formó parte del primer recinto de Numancia. Las huestes romanas debieron posesionarse de esos grupos de población, aunque concretamente ningún autor lo exprese, cuando, apretado el cerco, ocuparon los sitiadores aquellos siete fuertes ó *castella* mencionados por Apiano, el cual no dice precisamente que fueran entonces construídos, sino que estaban *situados* «alrededor de la ciudad»¹, esto es, rodeando la antigua capital y su acrópolis, según lo entiendo y se infiere de lo escrito por aquel explorador.

Efectivamente; el mismo docto arqueólogo descubridor de las cimentaciones mencionadas, reconoce en uno de sus últimos trabajos publicados que no existe concordancia alguna entre los restos hallados y el trazado y disposición de los campamentos clásicos del tiempo de la República, descritos por Polibio². Sin sospechar aquel autor inteligentísimo que las citadas ruinas de muros y edificios pudieran tener un origen más remoto y objeto primitivo diferente, sostuvo siempre el mismo criterio en esta cuestión, aun cuando influido por ciertas incertidumbres, pues no otra cosa vienen á ser las que indirectamente expresa con estas manifestaciones: 1.^a, que «los campos levantados por Escipión no eran, de ningún modo, obras de tierra y madera, á ejemplo de los antiguos campos, sino

¹ APPIANO, ob. cit., trad., de Rui Bamba, correg. por Saavedra en su *Mem.*, 90, A. R. 621.

² *Les camps*, Bull. Hisp., vol. x, ab.-jun., 1908.—*Mes fouilles*, Bull. Hisp., vol. xv, pág. 376.—*Mis excavaciones*, pág. 23: "En un solo punto no se habían cumplido mis esperanzas. Se esperaba que los campamentos de Escipión estuviesen de acuerdo con el campamento contemporáneo descrito por Polibio, y no fué así. Probablemente, lo estrecho de las colinas y el carácter defensivo de los castillos de bloqueo, tuvieron por consecuencia el apartarse notablemente del modelo."

construcciones en piedra como los campos fortificados del tiempo del Imperio»¹; 2.^a, que en las fortificaciones de Peña Redonda, las más importantes sobre el valle del Merdancho, encontró la muralla siguiendo unas veces la línea recta, como en los campamentos regulares, y otras doblándose al interior y al exterior del campo «sin exigirle el terreno y solamente por razones de defensa y á fin de coger de flanco al asaltador», observando al propio tiempo que los terraplenes de la vertiente occidental de aquella altura rocosa estaban contruídos y dispuestos siguiendo el mismo procedimiento que el empleado en los castros ibéricos²; 3.^a, igualmente advierte que la ejecución de las construcciones interiores (casas y calles) «no puede estar más mal llevada á cabo»³, resultando las habitaciones estrechas y muy diferentes á las de los campos romanos, y 4.^a, hablando de los objetos hallados dentro del recinto explorado, dice que independientemente de la cerámica romana se encontró una buena cantidad de vasos ibéricos *iguales exactamente* á los «descubiertos en la misma Numancia», coincidencia que atribuye á persistir esa industria en la región hasta el año 133 (a. de J. C.), al contingente de los auxiliares indígenas, que pudieron llevar consigo los cacharros, y también «á que las tropas romanas, que vivían desde largo tiempo en España, debieron indudablemente reemplazar en el país los utensilios que les hicieron falta».

Y no es esto todo lo que interesa recoger entre las observaciones hechas por el descubridor de los expresados campos en sus trabajos de indagación. De las fortificaciones de Peñas Altas (fig. 11), halladas en la colina situada enfrente de Peña Redonda, sobre el Merdancho y paralela á Numancia, dice que en ninguna otra parte se encuentran las líneas de los numantinos tan cerca como aquí de las romanas: «sobre la colina Saladilla—añade—, que se extiende delante de Numancia, mis excavaciones han descubierto construcciones numantinas cubiertas bajo una capa debida al incendio», quedando «este arrabal de los sitiados» á unos 150 metros de Peñas Altas. Del *Campo de las Travesadas*, cercano á Valdevorrón, manifiesta «que para los numantinos presentaba un acceso muy cómodo para alcanzar el llano del Este», y que las habitaciones en muchos parajes tenían sola-

1 Para esta cita y las demás del mismo autor, véanse en el *Bull. His.* los artículos mencionados, y particularmente *Les camps.*, etc.

2 *Les camps.*, etc.

3 *Idem id.*, 90, A. R. 621.

mente 3 × 3 metros; que las calles estaban empedradas con guijarros, y que durante las excavaciones el azar le había obsequiado con muchos ha-

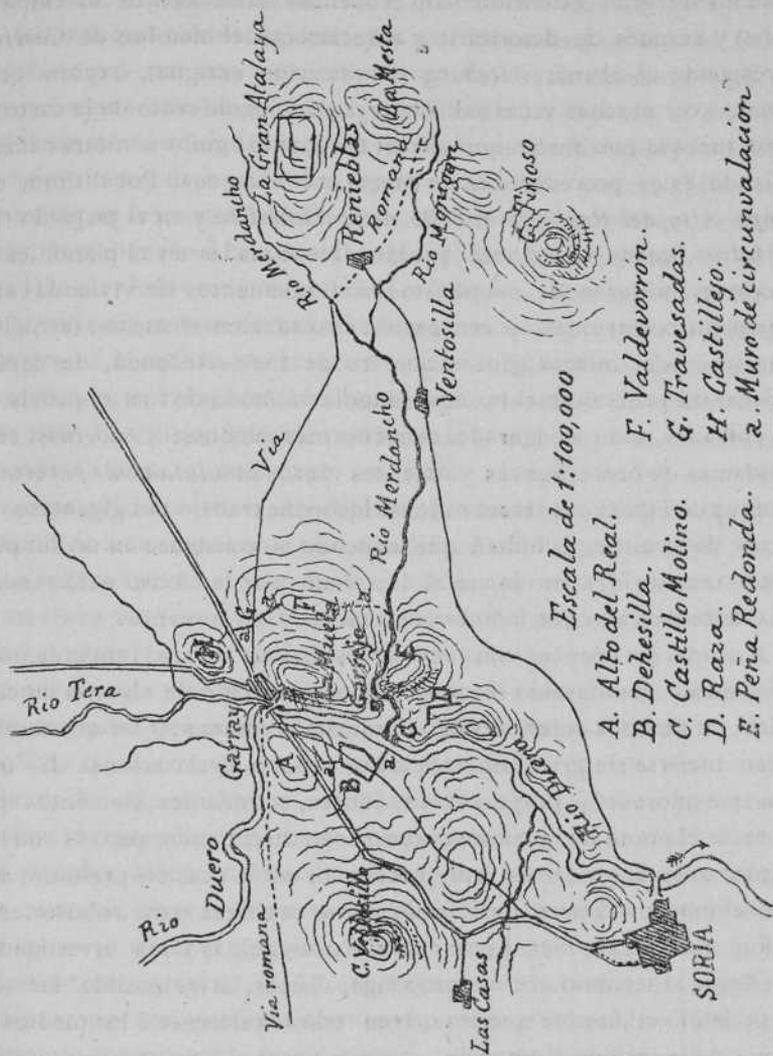


Fig. 11.

llazgos que no tienen nada que ver con los trabajos de Escipión», entre ellos «un fragmento de escultura ibérica, la parte posterior de una cabeza con los cabellos en bucles de estilo arcaico», y «una cabecita de vaca con capa de pintura y modelada en arcilla rojiza numantina, quién sabe si pro-

cedente de un ex voto». En el *Campo del Castillejo*, colina que cae á pico sobre el Tera y dista unos 1.000 metros de Garray, descubrió otro campamento de gran extensión (con viviendas para las que se empleó el adobe) y después de describirlo y apreciar que el nombre de *Castillejo* corresponde al alemán *Alteburg* (fortificación antigua), expresa que es extraño «ver muchas veces [allí] la traza en ángulo recto de la castramentación turbada por muros que vienen en ángulo agudo con otras líneas», pudiendo éstas proceder «de un campo más antiguo». Por último, en el *Campo Alto del Real*, en el *Alto de la Dehesilla* y en el pequeño *Campo Molino*, cuyas situaciones quedan determinadas en el plano, las excavaciones pusieron de manifiesto los fundamentos de viviendas «irregularmente construídas» y «en parte excavadas en el suelo»; terraplenes defensivos «del mismo género que los de Peña Redonda, de carácter ibérico»; un pequeño recinto cuadrangular á modo de fuerte, provisto de dos entradas, todo él labrado con enormes bloques; y, además, restos abundantes de otras fábricas y extensos muros *absolutamente parecidos á las obras ciclópeas*, representando su labor un trabajo tan gigantesco que le hace decir al Sr. Schulten que teniendo la construcción un fin puramente transitorio, como lo era el de circunvalar la ciudad para rendirla, le resultaba extraño que la hubieran realizado los romanos.

La suma de cuantas consideraciones hallan sólido fundamento en lo que queda manifestado respecto á la organización de algunas ciudades ibéricas en tiempos anteriores á la dominación romana, y las que también pueden inferirse sin gran esfuerzo de las propias declaraciones del mencionado explorador, proporcionan, juntas, abundantes elementos para esclarecer el punto de la cuestión que vengo discutiendo; pero el convencimiento que abrigo de ser muy necesario, en la ocasión presente, acumular el mayor número posible de datos positivos para robustecer mi opinión, me obligan, bien á pesar mío, á proseguir la tarea investigadora hasta llegar al término que me propongo; disipar, si es posible, las sombras de la incertidumbre que envuelven todo lo referente á los medios defensivos de la insigne Numancia.

No por esto habré de prolongar extraordinariamente la búsqueda de argumentos favorables para precisar el contorno del recinto exterior. Bastará á mi propósito, como postrera argumentación, para comentarlos después, algunos de los juicios que se encuentran en los mismos escritos de aquel docto arqueólogo extranjero, que vió y pudo examinar

cumplidamente las obras que después quedaron en parte ocultas por las tierras de cultivo.

En la misma relación tantas veces citada, su autor, abrigando cierta desconfianza que cubre con opiniones que luego impugnaré, no deja de señalar cuanto encuentra de extraño en las construcciones y en el trazado de los que considera campamentos romanos, llegando á decir: «Al dirigir una ojeada sobre lo conocido de las líneas de Escipión, se extraña uno, sobre todo, de sus sólidas construcciones de piedra, iguales solamente á las de los campos fortificados de los tiempos del Imperio. Se ve á Escipión resignado á establecer un largo sitio. Lo abundante de la piedra en los alrededores de Numancia facilitaba esta manera de construir; pero aquella circunstancia no es suficiente para explicarla. La labra de las piedras, á la cual no se renunció ni aun en Peña Redonda, construída groseramente, y, el lujo de construcción que presentan los otros campos, sobre todo Castillejo, exigían mucho más trabajo que la construcción en madera, para la cual eran no menos abundantes los materiales, puesto que Numancia, según Apiano, estaba rodeada de bosques. La situación de los campos está bien escogida. Desde este punto de vista el campo de Travesada merece atención. Más que la respetuosa distancia que separaba las líneas romanas de las enemigas, sus fortificaciones poderosas y á veces gigantescas, descubren cuán alto apreciaba Escipión á sus 8.000 adversarios y cuán en poca cosa tenía á sus 60.000 hombres, á los cuales asignaba, detrás de sólidas murallas, un papel duramente defensivo. Esto concuerda con el relato de Apiano, que dice que los ataques venían de los numantinos y no de los romanos. Y lo que prueba una completa defensiva por parte de Escipión es que casi todos los campos están situados sobre alturas abruptas, que se prestan mal á un ataque, pues, en teoría, un campo romano debiera, en primer término, prestarse á una ofensiva fácil (Vegecio, III, 8: *Ne sit in abruptis ac deviis et... difficilis praestetur egressus*). De la misma manera, la periferia irregular de los dos campos completamente conocidos, Peña Redonda y Castillejo, es en absoluto contraria á la teoría romana que no admite más que el ángulo recto (ver particularmente á Polibio), con la sola excepción de Vegecio (I, 23; 3, 8). Aquélla nos enseña, como antes los campos de César en las Galias, que los romanos, á pesar de su predilección por el campo en ángulo recto, á menudo, aún allá donde el terreno lo permitía, como en Castillejo, no se atuvieron á la forma normal.»

Según estas francas manifestaciones del Sr. Schulten, él se explica que los campos descubiertos tuvieran tantas y tantas cualidades contrarias á las reglas de la castrametación romana de los tiempos de la República (hasta el extremo de estar situados en parajes más favorables para la defensa que para el ataque, y de haberse prescindido del trazado en ángulo recto prefiriendo la periferia irregular), sólo por la razón del alto aprecio que Escipión hacía de sus adversarios y del poco que otorgaba á su ejército, reducido por esto durante el sitio á una defensa pasiva. Apiano, á quien cita aquí como autoridad para sostener esta teoría, errónea en mi opinión, y contraria á las altas cualidades reconocidas en el General romano, expresa, efectivamente, que éste «fué más diestro capitán que los otros, porque jamás quiso venir á las manos con unas fieras, sino rendirlos por hambre»; mas, el no querer recurrir al combate cuando sin llegar al choque se puede lograr la victoria, no debe ni puede ser interpretado en buenos principios técnico-militares, cómo propósito decidido del que manda de prescindir en absoluto de todos medios que tiene á su alcance cuando las circunstancias así lo exigen. Y buena prueba de la firmeza de este juicio profesional, y aplicable á todos los tiempos, la hallamos en el mismo texto de Apiano, al decirnos que es «imprudente el capitán que entra en acción sin necesidad»; precepto en armonía con mi opinión y que vienen á completar estas otras palabras del mismo autor: «Ya que tuvo [Escipión] un ejército de 60.000 hombres, contando los del país, la mitad distribuyó para guardar el muro y acudir si sobrevenía alguna urgencia; otros 20.000 *preparó para pelear delante de éste cuando llegase el lance*, y los 10.000 restantes los dejó de reserva.» Total: que aquellas construcciones fabricadas y dispuestas de manera tan contraria á las reglas del arte militar romano de los tiempos de la República, no pudieron levantarse por las causas que supone el Sr. Schulten, pues ni la defensiva establecida por Escipión frente á Numancia fué tan absoluta, ni desconoció el valor de sus tropas, ni dejó de estar preparado para combatir á los defensores de la ciudad cuando lo considerara conveniente.

En las inmediaciones de los campos de Peña Redonda, Travesadas y Castillejo, lo mismo que en otros lugares cercanos, reconoció igualmente aquel arqueólogo restos extensos de muralla de una anchura media de cuatro metros, formada por muros paralelos de piedras grandes calcáreas ó guijarros de formación neptúnica, y un relleno de tierra ó de pequeños morrillos. Supone que esos restos fueron partes integrantes de la circun-

valación levantada por las tropas sitiadoras, y para comprobar su aserto, formula la siguiente proposición: «El curso —dice— de la circunvalación está claro ya en su parte esencial. Si, considerando el terreno, se unen los nueve puntos encontrados, se tiene una línea que, en el plano, medirá casi 7.600 metros; pero, como esta línea corre por montes [léase colinas y lomas] y valles, una medición sobre el terreno deberá dar los 9.000 de que habla Apiano.»

La falta de un plano perfecto que nos dé con toda precisión el relieve del terreno impide determinar la exactitud de esas medidas, que me parecen no ajustadas á la realidad. Yo entiendo en esto que, si Apiano indicó 24 estadios como distancia entre la ciudad y el campamento de Nobilior, y la misma longitud al circuito de Numancia, con estas indicaciones se establece una igualdad en la que tenemos un término conocido: los siete kilómetros, ó algo más, que separan á Garra de la Gran Atalaya, donde el Sr. Schulte sitúa el expresado campamento, y con los cuales coincide la longitud que puede calcularse al muro de unión entre los vicos ó barrios exteriores de la ciudad. De todas maneras, el supuesto de dicho señor resultará tan alejado de lo probable como aquel otro ya tratado y discutido referente á los campamentos, toda vez que lo contradicen, además de aquellos datos, otros inequívocos é igualmente irrefutables. Efectivamente: las murallas fabricadas en la disposición que indica son iguales en todo á las existentes en gran parte del contorno de los burgos ó barrios que, como dije, debieron ser utilizados para campamentos del ejército sitiador, y también á ciertas partes que se han descubierto en el borde de la meseta del Cerro, diferentes unas y otras, según luego se verá, á las obras que Escipión mandó construir para establecer el cerco de la Muela.

Aquellos reparos, labrados por los romanos con carácter provisional, no pudieron ser, por lo mismo, construídos con esmero ni gran solidez, ambas cosas innecesarias para contener un enemigo acorralado, impotente para establecer á su vez aproches y utilizar máquinas poderosas, aun cuando fuera diestro en la lucha, sagaz para la estratagema y tenaz en la resistencia hasta llegar al último extremo de la desesperación y del valor heroico. No; los numantinos no pudieron ser temibles como zapadores y artilleros, carecían de fuerzas para intentar cruzar las líneas enemigas abriendo brecha y no se sabe que tuvieran máquinas neuro-balísticas ni opugnatorias; fueron temibles, sí, por su probada fiereza, astucia y resolución en el momento del choque cuerpo á cuerpo y en el asalto, si lo hubieran

intentado, y por eso se explica perfectamente, y es creíble, cuanto nos dicen todos los autores antiguos cuando explican de conformidad que el general romano, para lograr su propósito de no empeñar una batalla decisiva, tan sólo mandó abrir fosos y levantar vallados frente á la ciudad sitiada. Apiano, el que refiere con más detalles el trazado, la fábrica y la disposición de aquellas obras, construídas para circunvalar la última de las posiciones defendidas por los numantinos durante la campaña, habla igualmente de esos obstáculos y reparos, y si bien es verdad que además de lo explicado añade haber construído Escipión un muro de ocho pies de ancho «fortificado con estacas», esa obra tuvo que ser igual á la que recomendaba Vitrubio, ó mejor aún, idéntica á los parapetos fortalecidos con troncones que César levantó frente á Alesia cuando se encontró en situación parecida á la del Cónsul sitiador de Numancia¹. Debíó, pues, ser muy diferente en estructura y construcción el muro levantado por este general, y el que descubrió el Sr. Schulten en el campo numantino; y si hemos de buscar otros que guarden afinidad con el último, por su anchura y fortaleza, habremos de acudir para encontrarlos á las cimentaciones de las murallas de Numancia, en lo alto del cerro; á los castros de Santa María de Huerta y Arcobriga, descubiertos por el benemérito Marqués de Cerralbo, y, quizá también á otros lugares despoblados y fuertes, que se encuentran en la cuenca alta del Duero, y cuyos yacimientos me propongo estudiar.

Después de expuesto y discutido de una manera directa y absoluta cuanto hasta aquí queda manifestado, puede afirmarse con toda seguridad que existen indicios suficientes y no pocos elementos de prueba para poder sostener por ahora, y mientras nuevos descubrimientos y estudios no aconsejen otra cosa, las siguientes conclusiones: 1.^a, que el castro de la Muela ó de Garray fué el asiento de la primitiva ciudad de Numancia, defendido por un muro y otras fortificaciones escalonadas en las vertientes; 2.^a, que probablemente en los comienzos de la guerra numantina, después de lo acaecido en Segeda, la población se ensanchó construyéndose á su amparo varias aldeas situadas en parajes cercanos y fuertes por sí y por los reparos levantados en los puntos más expuestos al asalto, y 3.^a, que la

¹ CÉSAR, *Les comm.*, etc., trad. cit., VII, LXXII. "Detrás de estos fosos hizo [César] levantar un muro y un terraplén de 12 pies de alto, con parapeto, almenas y gruesos troncones sobresalientes en la unión del parapeto y el terraplén, para detener al enemigo si intentaba la escalada."

antigua ciudad y los demás centros de población quedaron unidos por una muralla, la cual cerraba un extenso recinto bañado por dos ríos, como se dijo, y dispuesto para la defensa en forma parecida á los modernos campos atrincherados. Así debemos suponer que quedaron dispuestos los vicos y el cinto que los unía después de los primeros combates de los naturales del país con los ejércitos de Roma, viniendo luego á quedar convertidos los burgos ó fuertes en campamentos bien condicionados y el muro en masa cubridora de retaguardia de las huestes sitiadoras, aumentándose las defensas de primera línea con profundos y anchos fosos, altos vallados y una trinchera ó terraplén reforzado con estacas ó empalizada, que quedaba flanqueado por altas torres «á un *plethron* de distancia unas de otras».

En cuanto á las fortificaciones avanzadas de la antigua ciudad, anteriores por supuesto á su ensanche y entre las que cuento el muro descubierto por el Sr. Saavedra, junto á Garrejo, es posible que circuyeran la Muela por todos sus frentes, pues á este propósito nos dice el Sr. Schulten: «Recientemente, el hallazgo de muros numantinos en el pueblo de Garray ha venido á establecer que la ciudad se extendía hasta el pie de la colina, como lo había presumido (*Numantia*, págs. 42 y sigs.), habiéndose podido, por tanto, utilizar la colina de Revillas como baluarte. Efectivamente, el borde de la colina (del lado de Garray), en los flancos Oeste y Norte, presenta una hilera de escarpes, cada uno con una longitud de 15 á 20 metros, que se cortan en ángulo transformando la meseta en un polígono, y en el costado Oeste fué, además, establecido otro pequeño baluarte.»

De los dos grandes campamentos establecidos por Escipión cuando se dispuso á cercar la ciudad, no cabe duda que el uno, el que quedó bajo su mando, pudo estar situado donde con acierto lo indica el descubridor de los campos, en La Gran Atalaya de Renieblas (fig. 11) siete kilómetros al Este de Garray, donde quizá pudiéramos encontrar los vestigios de una aldea celtibera, y el otro, el comandado por Fabio Máximo, se habrá de buscar, en mi sentir, á retaguardia del alto de la Dehesilla, entre ésta y el barrio rural de Soria llamado Las Casas, por ser aquellos parajes los más estratégicos para dominar, con la cooperación desde Renieblas, el estrecho valle del Duero, aguas abajo de Numancia, y cortar las comunicaciones con la región montañosa cercana, al mismo tiempo que los más apropiados también para caer de improviso y ocultamente sobre las fortificaciones exteriores de la ciudad.

Para concluir, cerrando este trabajo de conjunto, cuya finalidad no es otra que la de establecer la base y señalar el rumbo de mi futura labor, debo decir, que si esta primera jornada de investigación ha resultado penosa recorriendo los áridos campos de la Historia y la Arqueología, conducido por los inmutables principios del arte de la guerra (que las armas y la táctica sólo hacen variar de forma en el transcurso de los siglos), al cabo del camino andado, y en compensación de lo sufrido, quedan dilucidadas algunas de las cuestiones más oscuras y controvertidas; mucho de lo que era preciso discutir antes de trabajar en el campo.

Pero si se ha de terminar la previa información, enriqueciéndola con datos que completen ésta que podemos llamar primera parte de un amplio estudio, será de todo punto necesario explorar las ruinas de muchas poblaciones y lugares fortificados de la región arevaca y de otras limítrofes; reconocer nuevamente las de los llamados campamentos en busca de mayor número de testimonios favorables de mi supuesto; hacer el estudio crítico de la guerra numantina, y clasificar las armas recogidas. Con todos esos elementos valiosísimos y los demás comprobantés que las excavaciones pongan al descubierto, será posible descorrer el tupido velo bajo el cual se oculta todavía la verdad histórica, en cuanto se refiere á los medios defensivos de que dispuso la ciudad insigne para alcanzar la merecida fama de heroica y la inmortalidad de su nombre glorioso.



